

Samuel Morris – Príncipe Kaboo

SAMUEL MORRIS

La marcha de la fe

Vida de Samuel Morris, EL PRÍNCIPE KABOO

Por Lindley J. Baldwin

Publicado originalmente en el Heraldó de Su Venida

Digitalizado para su uso interno, sin fines comerciales, por Diarios de Avivamientos - 2017

Prólogo

El autor del primer bosquejo biográfico de la vida de Samuel Morris, doctor Thaddeus C. Reade, me pidió que hiciera un relato más completo y franco de su vida y obra. Ahora, después de setenta y nueve años de una vida muy ocupada, he encontrado el tiempo para satisfacer el pedido del doctor Reade. En las páginas que siguen he tomado algunos detalles menores de varios escritos posteriores al suyo. Entre estos deseo mencionar "The Angel in Ebony" (El ángel de ébano) de Jorge O. Masa, quien muy bondadosamente reconoció mis contribuciones de material original que incluyó en su propio libro.

Estoy agradecido por las valiosas sugerencias de amigos incluyendo al doctor Robert Lee Stuart, presidente de la Universidad de Taylor, y a la doctora Elizabeth C. Bentley, miembro del cuerpo directivo. En forma especial me siento en deuda con la doctora Harriet Stemen McBeth, maestra amada de Samuel Morris quien le conoció mejor que nadie.

Desde el tiempo en que el doctor Reade me encomendó esta tarea de amor, la influencia y reputación de Samuel Morris han crecido considerablemente; ahora tengo el privilegio de incluir sorprendentes pruebas, hasta aquí desconocidas, del carácter imperecedero de su liderazgo espiritual.

PARTE 1

EL PRINCIPE DE LA SELVA

Prenda de guerra

El Continente Africano ha dado al mundo muchas de las joyas más preciosas, pero estos diamantes en bruto no brillan cuando se los descubre. Son piedras opacas que necesitan ser cortadas y pulidas para que puedan luego resplandecer con los colores del arco iris.

Y así, África nos ha dado a uno de los líderes cristianos más ilustres de los tiempos modernos: Samuel Morris. La gloria de la verdadera Luz del Mundo se ve reflejada con claridad meridiana en este diamante negro que Dios hallara en el Africa más oscura. Pero el poder radiante que hizo de Samuel Morris un líder irresistible a los hombres, no fue suyo de nacimiento. Primero, Dios tuvo que tratarlo para tallarlo y pulirlo hasta que estuvo en condiciones de exhibir al mundo ese poder glorioso.

Conociendo la vida del joven africano, podemos afirmar que no fue lo que algunos podrían llamar un afortunado. Durante su infancia y adolescencia vivió semidesnudo, casi al mismo nivel de los animales inferiores. A la edad de quince años era tan sólo uno de los miles de jóvenes nativos escondidos en las selvas del África Occidental. Su tribu descendía de los Kru y habitaba en los bosques al oeste de la Costa de Marfil.

Su nombre nativo era Kaboo. Su padre era jefe de la tribu. Pero, a pesar de que Kaboo era el hijo mayor de su padre y así un príncipe, en todo el mundo no existía una criatura más miserable que él. Había caído de una posición de libertad y honor a una de desgracia y peor que la esclavitud.

En aquellas regiones era costumbre que un jefe derrotado en una guerra debía dar a su hijo mayor en prenda o rehén para asegurar el tributo que se imponía al vencido. Si el pago se retrasaba, el hijo frecuentemente era sometido a torturas. Esa fue la suerte de Kaboo.

Siendo aún pequeño su padre fue derrotado en dos ocasiones por tribus vecinas y Kaboo debió ser entregado en prenda al jefe victorioso. La primera vez ocurrió mientras Kaboo era demasiado pequeño como para recordarlo. Su padre pudo pagar la indemnización prontamente, y el hijo le fue devuelto. La segunda vez, Kaboo estuvo prisionero durante varios años antes de que se pudiera completar su rescate. Fue esta una experiencia tan terrible que Kaboo nunca quiso hablar de ella.

Por un tiempo muy breve pudo permanecer en su hogar antes de que su tribu se viera envuelta nuevamente en una guerra desastrosa. Una coalición de tribus enemigas dirigida por un salvaje cruel y depravado derrotó a su pueblo, arruinó la cosecha y quemó la aldea. Su padre fue obligado a mendigar la paz y a prometer una

indemnización mucho mayor de lo que su asolado territorio podría proveerle para pagar. Kaboo, que tenía entonces quince años, fue entregado por tercera vez en prenda para asegurar el cumplimiento del duro acuerdo.

El día fijado para el pago, el padre de Kaboo vino con todo el marfil, caucho, nueces de cola y otros artículos de comercio que su gente había podido juntar. El jefe victorioso tomó todo lo que habían traído y después de ponerle precio, declaró que no era el total de lo prometido, negándose a entregar al prisionero.

El padre de Kaboo, al borde de la desesperación, resolvió hacer un último esfuerzo. Convenció a la tribu para que sacrificaran sus últimas pertenencias. Al llegar en su segunda visita, su ofrenda fue nuevamente declarada insuficiente para cubrir la deuda. Desde unos cuantos años atrás su conquistador estaba manteniendo un comercio floreciente con mercaderes de Sierra Leona, intercambiando su botín de guerra por sal, chucherías y ron. Mayormente ron. Al aumentar su apetito por la bebida fuerte, su idea del valor de la moneda nativa disminuía. No había pago de rescate suficiente si no lo mantenía bien provisto con bebida alcohólica.

Conociendo de antemano la injusticia de este salvaje desesperado por la bebida y, temiendo que su hijo ya no pudiera sobrevivir a las torturas, el padre de Kaboo llevó en esta segunda visita a una de sus atractivas hijas para dejarla como rehén en lugar de su hijo.

Kaboo se opuso diciendo:

—Yo puedo sobrellevar el castigo mucho mejor que mi hermana. Deja que me quede.

El padre comprendió que no podía hacer otra cosa que regresar con su hija, dejando que Kaboo enfrentara su destino.

Al no volver luego con lo exigido, el jefe enfurecido dio orden de que el muchacho fuera castigado a latigazos todos los días. El castigo era cada vez más prolongado y severo. El látigo utilizado era una vara espinosa de cierta enredadera venenosa; cada golpe le arrancaba la piel e implantaba una sustancia afiebrante. La víctima agonizante sentía como si todo su cuerpo estuviera abrasado por las llamas.

Cada vez que el verdugo atormentaba a Kaboo, un esclavo Kru, testigo del castigo, era enviado al padre con la relación desgarradora del suplicio. A esto se añadían amenazas de cosas peores para el futuro si no redoblaba los esfuerzos por llenar los requerimientos de su conquistador.

Las heridas de Kaboo no tenían tiempo de curarse. La piel y la carne de su espalda colgaban a jirones. Pronto estuvo tan exhausto por la pérdida de sangre y por la fiebre

que ya no podía mantenerse erguido. Entonces prepararon dos vigas en forma de cruz y hasta allí lo arrastraban para castigarle duramente en la espalda.



La fuga milagrosa

Kaboo tenía la esperanza de que la muerte llegara para liberarlo antes de que experimentara el destino horrible de un rehén no redimido. Algunos hombres de su tribu habían sido tomados como esclavos por este jefe cruel. Varios de ellos fueron acusados de hechiceros y Kaboo los vio literalmente ser despedazados por aquellos salvajes y enfurecidos borrachos. Pero en esos momentos él se hallaba enfrentando una situación aún más diabólica.

Anticipando la posibilidad de que el padre de Kaboo no volviera, ya habían cavado una fosa. Si el castigo final no persuadía a que se hicieran otros pagos, lo enterrarían vivo hasta el cuello. Por la fuerza abrirían su boca, le untarían con melaza para atraer a las hormigas de un hormiguero cercano. El tormento resultante sólo le prepararía para el acto final cuando a otra clase de hormigas —la temida marabunta— se le permitiría devorar su carne poco a poco. Estas hormigas han sido el terror del África tropical; cuando una columna de ellas estaba en marcha, solían destruir todo ser viviente que encontraran en su camino. El acto final de la tortura era obvio. Luego, cuando las hormigas ya hubiesen limpiado los huesos de la víctima hasta no dejar ni una partícula de carne, su esqueleto sería colocado frente a la choza reservada para el sacrificio de las víctimas como simple recordatorio a todo futuro deudor.

Al ser echado sobre las dos vigas dispuestas en forma de cruz para su flagelación final, Kaboo perdió toda esperanza de rescate y sus fuerzas lo abandonaron, anhelando sólo la ayuda que la muerte le ofreciera.

De pronto, algo muy extraño sucedió. Una gran luz, como la de un rayo, irrumpió sobre él. Los que estaban a su alrededor quedaron enceguecidos por ella. Una voz

audible que parecía venir de lo alto le ordenó levantarse y huir. Todos oyeron la voz y vieron la luz pero no vieron a ningún hombre, y no lograban entender de qué se trataba.

Al mismo tiempo tuvo lugar una de esas sanidades instantáneas que la ciencia no puede explicar ni negar. En un abrir y cerrar de ojos Kaboo recobró sus fuerzas. No había comido ni bebido en todo el día; sin embargo no sintió hambre, sed o debilidad. Saltando, obedeció a esa voz misteriosa y huyó de los consternados enemigos con la velocidad de un ciervo.

¿Cuál era el origen de esa luz misteriosa que le había traído nuevas fuerzas y libertad? Kaboo no lo sabía ni podía imaginarlo. Nunca había escuchado del Dios cristiano, nada sabía de hechos especiales de la Divina Providencia. Nunca había escuchado acerca de un Salvador que una vez fue puesto como prenda, en rescate por muchos. Este príncipe terrenal que pocos momentos antes había estado colgado de dos vigas en cruz para su tortura final, jamás soñó que un Príncipe celestial había sido también aprisionado, burlado y golpeado padeciendo una muerte degradante, después de una lenta tortura, sobre dos maderos en cruz.

Pero lo que Kaboo sí sabía era que un poder invisible y misterioso había venido para rescatarlo. Unos instantes atrás había estado malherido, enfermo, sin fuerzas siquiera para erguirse y, ahora estaba huyendo a toda velocidad.

Era viernes el día de su huida y Kaboo nunca lo olvidó. Lo llamó su Día de Liberación; y durante el resto de su vida festejó aquel evento ayunando todos los viernes, sin tomar agua ni alimento.

La luz bondadosa

Una vez libre, Kaboo se escondió en el hueco de un árbol hasta que cayó la noche para eludir a sus perseguidores. Entonces se dio cuenta de que había escapado de la muerte para precipitarse a una situación no menos grave. Estaba solo en la selva donde nadie podía tener la esperanza de sobrevivir mucho tiempo. Sin armas, sin tener a quién recurrir, sin saber a dónde dirigirse, su situación era desesperante.

No se atrevía a regresar a su tribu porque de hacerlo traería sobre su pueblo la venganza del conquistador enfurecido. Tampoco podía ser visto por miembros de otras tribus pues le devolverían a su opresor a cambio de una fuerte suma que generalmente se pagaba por un rehén escapado.

En tan difíciles circunstancias ocurrió otra vez algo sobrenatural. En esas regiones la selva aun de día es oscura, y de noche imposible de penetrar. Sin embargo la misma luz bondadosa que había inundado el escenario destinado para su ejecución, volvió a

brillar en derredor suyo. Mucho tiempo atrás, viajando en otro tipo de desierto, una compañía de hombres liberados también gozó de una guía similar cuando el Señor "iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles" (Éxodo 13:21). Sin poder explicar la naturaleza de aquel fenómeno, Kaboo vio su camino iluminado.

Y él necesitaba esta luz tanto como la necesitaron los hijos de Israel. Los incontables peligros de la selva le acechaban. Pero más aún que a la mirada feroz de los leopardos y a la ponzoña de las serpientes, Kaboo temía a los seres de su propia especie. En las selvas de esta región tan vasta, vivían algunas de las razas más primitivas del mundo, entre quienes el canibalismo era una práctica generalizada. Caer en sus manos hubiera significado un fin horroroso.

Y a través de todos estos obstáculos y peligros, la luz bondadosa fue guiando a Kaboo. Con su ayuda, de noche veía lo suficiente como para juntar frutas y raíces para alimentarse y, para cruzar lagos y ríos donde se distinguían los ojos brillantes del cocodrilo en acecho.

Durante el día siguió escondiéndose en los troncos de los árboles, para evitar a los vigías de las aldeas. Después de caminar muchas noches, Kaboo llegó a una plantación en las afueras de una ciudad, junto a un río. Hasta ese momento, no se había encontrado con un solo ser humano. Tampoco hubo guía alguno que lo dirigiera a través de la selva, hasta aquel lugar.

A primera vista, comprobó que aquella no era una aldea nativa, sino una población extranjera, peculiar del hombre blanco. Hubiera temido acercarse a los edificios si no hubiese visto a uno de su propia tribu Kru, trabajando a cierta distancia. Kaboo se le acercó y se enteró, para su gran alegría, que no había caído en manos de esclavizadores sino de liberadores de esclavos. La luz misteriosa lo había guiado a una colonia, cerca de Monrovia, la capital de Liberia.

Para poder apreciar esta tercera manifestación del favor divino, debemos recordar que en ese tiempo casi toda Liberia era una jungla, dominada por la ley de la selva. Cuando Kaboo llegó a Monrovia, este era el único baluarte importante de la civilización en el país. De esta manera Kaboo fue guiado a la comunidad que, de entre miles, podía brindarle verdadera seguridad.

Fue también en un día viernes, su Día de Liberación, cuando Kaboo salió de la jungla a salvo y encontró aquella aldea semanas después de haber huido de la muerte.

Un nombre nuevo

Kaboo buscó y encontró empleo en la plantación de café, donde el otro muchacho Kru ya estaba trabajando. Por su trabajo le dieron una litera en las barracas, comida y ropa sencilla, como la que usaban los otros obreros nativos.

Su compañero Kru había estado escuchando a los misioneros y había aprendido a orar. Kaboo lo vio arrodillado, con los brazos y el rostro en alto. Cuando Kaboo le preguntó qué era lo que estaba haciendo, contestó:

—Estoy hablando con Dios.

— ¿Y quién es tu Dios? —preguntó Kaboo.

—Él es mi Padre —contestó el muchacho.

—Entonces estás hablando con tu Padre —dijo Kaboo.

En lo sucesivo, siempre llamó a la oración "hablar con mi Padre". Para su fe de niño, orar era tan sencillo y seguro como conversar con un padre terrenal.

El domingo siguiente, invitaron a Kaboo al culto en la iglesia. Se encontró con una multitud reunida alrededor de una mujer, que hablaba a través de un intérprete. Estaba contando acerca de la conversión de Saulo; cómo una luz del cielo, repentinamente, lo alumbró y una voz misteriosa le habló desde lo alto.

Kaboo, sin poder contenerse, se puso de pie y exclamó:

— ¡Esto es justamente lo que me pasó a mí! ¡Yo he visto esa luz! ¡Es la misma luz que me salvó y me trajo hasta aquí!

Kaboo se había estado preguntando por qué había sido salvado tan maravillosamente de la muerte y guiado a través del bosque. De pronto, en un segundo, comenzó a entender.

Dios sólo manifiesta su poder salvador cuando un alma toma conocimiento de Él y ejerce una fe consciente. Pero en su providencia, frecuentemente protege la vida y sana el cuerpo de aquellos que aún no le conocen; a veces en respuesta a las oraciones de los creyentes y otras en cumplimiento de sus misericordiosos y soberanos propósitos.

Pero Kaboo estaba ciego aún al significado de la salvación, como lo estaba Saulo al caer en tierra, camino a Damasco. Saulo tuvo necesidad de un creyente para instruirle. Y así como viniera el mandamiento divino a Ananías, igualmente recayó sobre aquella misionera la responsabilidad de orientar a Kaboo.

Se trataba de la señorita Knolls, de Fort Wayne, Indiana, Estados Unidos. Educada en la Universidad de Taylor, recién había llegado a Liberia. Muchos otros, después,

ayudaron en la instrucción de Kaboo, pero fue ella quien lo guio al reino de Dios y le hizo ver su verdadera misión en la vida.

Después de aquella intervención intempestiva en la reunión, Kaboo comenzó a participar regularmente de los cultos religiosos y de las clases que la señorita Knolls conducía. Ella le dio las primeras lecciones, básicas para leer y escribir el inglés. Poco a poco, aprendió la maravillosa historia del nacimiento de Jesús, en un pesebre; su ministerio entre los humildes, pecadores y enfermos; su muerte expiatoria y su resurrección. Muy pronto, Kaboo recibió a Jesús, este "recién descubierto" Salvador de almas, el mismo "Dios desconocido" que hacía poco tiempo le había sanado el cuerpo.

Sin embargo, Kaboo no estaba satisfecho. Comenzó a sentir el deseo de ser como esta mujer de Dios. Anhelaba poder predicar a su propia tribu Kru, en su idioma, las buenas nuevas del amor de Dios, que habían traído paz a su corazón. Pero sentía su completa incapacidad y falta de autoridad para esta misión.

Como todo creyente recién convertido, Kaboo muy pronto fue consciente de que la redención de la culpa y del castigo de los pecados del pasado no lo liberaba de cometer pecados futuros por causa de la debilidad de la carne. Así como su cuerpo llevaba las marcas de muchos latigazos recibidos, su alma estaba habituada al temor y al odio, cultivados durante años de cruel sufrimiento. La degradación a la que había sido sometido, le dio un irremediable sentimiento de inferioridad. Ignorante y proscrito, no veía mucho futuro para sí mismo a menos que ocurriera otro milagro.

Kaboo no sabía que Dios había hecho provisión sobrenatural para sus hijos mediante el Espíritu Santo.

Es decir, que la redención por la sangre de Cristo se hace efectiva a través del poder del Consolador que purifica el corazón de toda amargura, y que comisiona y dota al creyente para servir eficientemente a Dios. Kaboo nunca había escuchado de este Ayudador divino que llega en su plenitud únicamente después de la conversión cuando el alma, consciente de sus defectos, está lista a consagrarse enteramente a Dios.

Así pues, el Espíritu Santo vino a socorrer al pobre Kaboo, especialmente para la oración; "pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Romanos 8:26).

De modo que Kaboo fue animado a continuar "hablando con su Padre" noche tras noche. Después de haber terminado con su tarea, luchaba en oración con voz agonizante. Esto causó disturbio en la barraca, y sus compañeros, llegados al término de su paciencia, le advirtieron que tendría que quedarse callado o buscar otro lugar donde vivir. Kaboo se fue a orar al bosque.

Una noche se quedó hasta pasada la medianoche. "Volví" —contaría después— "a mi litera, cansado, con el corazón cargado, y me acosté a dormir. Mi lengua estaba callada, pero mi corazón seguía orando. ¡De pronto, mi cuarto se iluminó! Al principio pensé que estaba amaneciendo, pero todos a mi alrededor estaban profundamente dormidos. El cuarto se iba iluminando cada vez más, hasta que se llenó de gloria. La carga de mi corazón desapareció repentinamente y quedé con el sentir de un gozo indecible.

"Mi cuerpo parecía tan liviano como una pluma. Estaba lleno de un poder que me hacía sentir que hasta podría volar. No pude contener mi gozo y grité hasta que todos en la barraca se despertaron. ¡Esta era mi adopción! ¡Ahora yo era hijo del Rey Celestial! Yo sabía que mi Padre me había salvado con un propósito y que haría su obra en mí".

Fue esta unión tan completa y armónica con Dios a través del Espíritu Santo que lo dotó con un poder sobrenatural para el liderazgo victorioso de su vida futura.

Kaboo nunca habló de este acontecimiento glorioso como su conversión. Siempre lo llamó su "adopción". A pesar de que no tenía ningún conocimiento del griego, usó esta palabra con el mismo sentido en que lo hiciera el erudito Pablo en su carta a los Efesios —o sea, aquel que siendo un niño de Dios, menor y débil, es por fin ubicado en el lugar de un hijo adulto, responsable, con el cual Dios tendrá una plena comunión y cooperación.

Pero Kaboo no fue razonando todo esto, él nada sabía de teología del Espíritu Santo. Él fue llenado por el Espíritu de Dios, sencillamente porque estaba dispuesto a rendirse por completo a Dios. Buscó a Dios de la misma manera que un niño hambriento busca comida; y porque tuvo hambre de justicia, Dios envió su Espíritu transformador y de poder en respuesta a esta fe de niño.

Kaboo fue recibido en la Iglesia Metodista y bautizado como Samuel Morris. Este nombre fue escogido por la señorita Knolls en honor a su benefactor, un banquero de Fort Wayne. El señor Morris había ayudado a la señorita Knolls a prepararse para la obra de la predicación del Evangelio. Y puesto que Kaboo era el primer fruto de las labores de esta misionera, en gratitud ella le llamó Samuel Morris. Al hacerlo así, ella no podía adivinar que éste iba a conferir uno de los más grandes honores a su bienhechor.

Las primeras señales del liderazgo

Samuel Morris vivió en Liberia aproximadamente dos años, después de haber sido bautizado. Dejó la plantación y trabajó en Monrovia en varios empleos. Como pintor

de casas, ayudó a pintar el Instituto Liberia. Su sueldo le alcanzaba apenas para subsistir, pero era feliz. Estaba tan cautivado por su relación con Dios, que buscó y habló con cada misionero de esa región.

Trabajó mucho para ellos y también aprendió de memoria muchos de sus himnos y los solía cantar con vigor y con maravillosos resultados, a pesar de que no sabía el significado total de las palabras. Pronto fue conocido como el cristiano nativo más consagrado y fervoroso de esa región de Liberia.

Poco tiempo después de su conversión, otro joven nativo fue guiado por él para aceptar a Cristo como su Señor y Salvador. Por una coincidencia notable, este nativo huyó de la esclavitud del mismo jefe cruel al cual Sammy había servido como rehén. Este esclavo estuvo presente en la última tortura de Kaboo; había visto el rayo de luz misteriosa y había escuchado también la voz ordenando a Kaboo que huyera.

Un esclavo común era de poco valor comparado con el rehén de un jefe. Por eso, a él le había sido fácil escapar y viajar de día sin riesgo, a lo largo de una ruta convencional. Fue bautizado con el nombre de Henry O'Neil. Confirmó el relato de Kaboo referente a su huida milagrosa. El testimonio de ambos causó gran impresión entre los blancos y nativos de Monrovia.

Ya para entonces, Samuel Morris comenzó a mostrar ese poder asombroso del liderazgo espiritual que le iba a dar renombre en años posteriores. El incidente que sigue muestra su método singular de influenciar a otros, no por sermones o por fuerza humana, sino sencillamente por pedir al Espíritu Santo que actuara en su favor.

Tres mujeres de Monrovia acordaron reunirse para orar desde la medianoche hasta el amanecer. De este modo buscaban promover un despertar espiritual en toda la comunidad. Pero les faltaba un nativo cuyo ejemplo alentara a los otros. Una noche entró uno; oró durante horas, postrado frente al púlpito. Las mujeres, creyendo que era un nuevo convertido, salieron rápidamente a dar la buena noticia a los demás. Cuando regresaron, se dieron cuenta de que este muchacho era Samuel Morris. Él había estado orando no por él, sino por otros. Sus oraciones fueron escuchadas. En las reuniones que siguieron, cincuenta jóvenes aceptaron a Cristo.

El reverendo C. E. Smirl, misionero en Liberia, le dijo a Sammy que para ser un ministro eficaz en su propio pueblo, era necesario que recibiera una educación y que ésta podía ser obtenida en América. A pesar de que Sammy no tenía un centavo, alentaba la esperanza de que el Señor fuera a proveerle los cien dólares necesarios para cruzar el océano. Pero su determinación final de ir a los Estados Unidos, tuvo su motivación en algo mucho más importante que un aprendizaje intelectual.

Los sermones predicados a los nativos como Sammy, eran bastante elementales. Enfatizaban la salvación por medio de la fe en el Señor Jesús, pero revelaban muy poco

la personalidad y la función específica del Consolador. Un día un misionero, lleno del Espíritu Santo, leyó a Sammy el capítulo 14 del Evangelio de San Juan, en el cual el Salvador, por primera vez, anuncia a sus discípulos la venida de su nuevo y poderoso Consolador. Sammy ya había experimentado la bendición del Espíritu Divino en su corazón; pero fue esta la primera vez que llegaba a su entendimiento el nombre y significado pleno del Espíritu Santo.

Cuando llegó a comprender que este Espíritu obra aquí en la tierra, que es una Persona Viviente, no tuvo palabras adecuadas para expresar su asombro y felicidad. Fácilmente atribuyó la voz misteriosa, que le guió en su huida, al Espíritu de Dios. Con seguridad, Él le había hablado como a Samuel, siglos atrás, sin que tampoco reconociera aquél la voz de Dios. Sammy hizo viajes muy largos para conversar con los misioneros acerca del Espíritu Santo. El capítulo 14 de San Juan llegó a ser su tema de estudio constante.

Visitó con tanta frecuencia a los misioneros e hizo tantas preguntas difíciles acerca del Espíritu que, por fin, uno de ellos se vio obligado a confesar:

—Samuel, ya te he dicho todo lo que sé acerca del Espíritu Santo.

Él insistió: — ¿Y quién le dijo a usted todo lo que sabe acerca del Espíritu Santo?

Ella respondió que todo su conocimiento acerca de este tema lo debía a Esteban Merritt, quien en aquel momento era secretario del obispo Guillermo Taylor.

Samuel Morris, entonces, preguntó:

— ¿Dónde está Esteban Merritt?

La misionera contestó: —En Nueva York.

—Pues iré a verlo —fue la pronta respuesta de Sammy.

Sin mayor ceremonia, comenzó su camino dirigiéndose directamente a la costa del océano. No se preocupó más por obtener los cien dólares para su pasaje; el Espíritu Santo era más importante que el dinero; su Padre ya iba a proveer para el camino. Cuando llegó, vio un buque de vela anclado cerca de la costa y su corazón se llenó de gozo. Su Padre había respondido a sus oraciones.

Desde el buque se echó un bote al mar, llevando a varios tripulantes y al propio capitán del barco. Cuando el capitán desembarcó para vigilar el cargamento, se vio enfrentado con un muchacho negro, poco atractivo, que le dijo:

—Mi Padre me ha dicho que usted me llevará a Nueva York a ver a Esteban Merritt.

El capitán, entonces, le preguntó:

—¿Y quién es y dónde está tu padre?

—Mi Padre está en el cielo —le contestó el nativo.

Pero aquél, que era un hombre áspero, blasfemando, le dijo:

—Mi buque no lleva pasajeros. Debes estar loco.

Sin embargo, Samuel Morris estuvo de guardia cerca del bote todo el día. Por la noche, cuando el capitán regresó nuevamente al barco, Sammy le rogó por segunda vez que lo llevara a Nueva York. El capitán amenazó de sacarlo a puntapiés, y el bote volvió al buque sin él. Pero Samuel siguió creyendo en la promesa de su Padre. Durmió en la arena, donde el pequeño bote había anclado, y oró la mayor parte de la noche. Al día siguiente se le rechazó nuevamente, pero su fe era tal que no quiso dejar la costa a pesar de que no había comido por dos días. El siguiente día era domingo. El capitán y su tripulación volvieron a la costa. Al pisar tierra esta vez, el muchacho Kru corrió hacia ellos diciendo:

—Mi Padre me ha dicho anoche que esta vez ustedes me llevarán.

El capitán lo miró asombrado. Dos tripulantes le habían abandonado la noche anterior, de manera que le faltaba gente. Reconoció que Sammy era Kru y supuso que era un marino con experiencia, como lo eran tantos de sus paisanos.

—¿Cuánto quieres ganar? —le preguntó.

—Sólo lléveme hasta Nueva York a ver a Esteban Merritt —respondió Sammy.

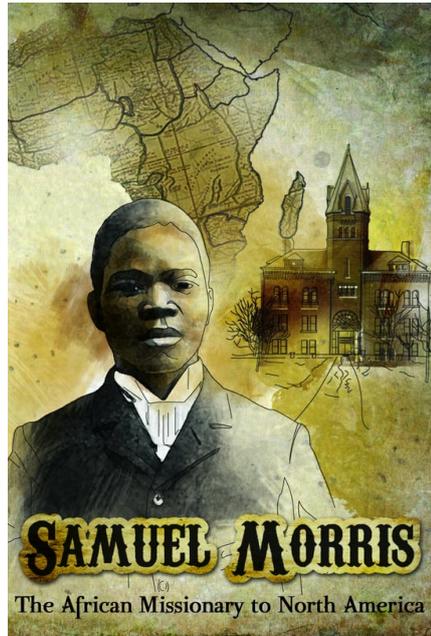
El capitán se volvió a la tripulación del bote y les dijo que llevaran al muchacho hasta el buque.

Samuel Morris estaba gozoso. Sus oraciones habían sido contestadas. Ya estaba a bordo del buque que le llevaría a América.

PARTE 2

VIAJE Y CONQUISTA

Un Cristóbal Colón del Espíritu



Se puede decir con seguridad que Samuel Morris fue el primer explorador que navegara el Atlántico en busca de las riquezas del Espíritu Santo. El Nuevo Mundo que Colón descubrió, era solamente una extensión del viejo, de cosas físicas perecederas. Samuel Morris se aventuró en busca del nuevo mundo del Espíritu, que perdurará aun en el "nuevo mundo" que ha de venir.

Su viaje iba a ser tan peligroso y emocionante como el del navegante genovés. Tuvo que permanecer casi medio año a bordo y pasar por muchos peligros antes de llegar a su destino. El buque estaba dedicado al tráfico de mercadería y navegaba sin rumbo fijo. El capitán, que era a la vez propietario de la nave, tenía el propósito de pasar un tiempo negociando con los nativos de la costa, antes de enfilarse hacia Estados Unidos, con un cargamento completo.

Al subir a bordo, Sammy se encontró con un muchacho tirado sobre cubierta. Era el camarero del capitán. Se hallaba tan malherido que ni siquiera podía incorporarse. Sammy se arrodilló junto a él y oró. El muchacho se levantó de inmediato, totalmente restablecido. ¡Dios había intervenido!

Agradecido por ello, el camarero guio a Sammy, quien ya llevaba tres días sin comer, hasta el comedor del barco, aunque el cocinero se negó a darle comida para un negro, y especialmente cuando no había recibido órdenes del capitán para ello. Sin embargo, el joven agradecido pudo conseguir algo para sí mismo, y lo compartió generosamente con Sammy.

Cuando el capitán regresó esa noche al buque e interrogó al nuevo tripulante, se dio cuenta de que se trataba de un aprendiz de marinero, no acostumbrado a viajes en

alta mar. Le dijo a Sammy que no le iba a servir ya que, al marearse, no podría trabajar. El buque, de 105 metros de eslora y tres mástiles, se sacudía mucho al navegar. Decidió, pues, enviarlo inmediatamente a la costa.

Sammy aseguró al capitán que no se iba a enfermar y que trabajaría duro hasta llegar a Nueva York. El joven que había sido sanado por medio de las oraciones de Sammy, se acercó y le rogó:

—Por favor, capitán, llévelo. ¡Mire lo que hizo por mí!

Esa noche levaron anclas y el muchacho Kru estaba en camino al Nuevo Mundo.

La vida a bordo era una continua rutina de crueldad. Casi cada palabra era acompañada por una blasfemia, un puntapié o un bofetón. El capitán era un comerciante y dueño riguroso. Tenía mucho trato con mercaderes árabes y su relación con ellos le había endurecido hasta hacerlo despiadado. Todos vivían aterrorizados por él porque comprendían que la vida y la muerte estaban en sus manos.

La tripulación se hallaba compuesta por hombres de los cuatro puntos del Globo. Sammy era el único negro a bordo y toda la tripulación rechazaba su presencia, tanto que comenzaron a planear alguna manera de deshacerse de él. Golpes e insultos llovían sobre su cabeza, de todas partes.

En su tercera noche mar adentro, lo amarraron a uno de los mástiles del buque, donde debía ayudar a ajustar o recoger las velas. Esa noche una tormenta tropical se levantó repentinamente y sorprendió al buque con todo el velamen extendido. La carga era liviana. No había tiempo para recoger las velas. Tenían que capear el temporal. Sammy oró:

—Padre, no tengo temor porque sé que tú cuidas de mí. Pero no me gusta estar en este mástil. Por favor, ¿no quieres hacer algo de manera que yo no necesite ir aquí?

Tuvo la seguridad de que su oración iba a ser contestada, pero su fe fue puesta a prueba con severidad.

El mástil, al cual le habían atado, con frecuencia estaba bajo el agua azotado por las olas. Sammy tragó tanta agua que se descompuso seriamente. Cuando por fin lo desataron y lo bajaron, cayó hecho un ovillo. El capitán se le acercó y le dio un puntapié. La cubierta aún estaba bajo el agua y el buque se balanceaba e inclinaba pesadamente. Enfermo como se hallaba, Sammy se arrodilló y con manos levantadas, oró:

—Padre, tú sabes que he prometido a este hombre trabajar todos los días hasta llegar a América. Yo no puedo trabajar si estoy así enfermo. Por favor, quita esta enfermedad.

Luego se levantó y recommenzó sus tareas. Nunca más estuvo enfermo en el barco.

Al día siguiente, cuando estaba por ocupar su puesto en el mástil, el camarero se le acercó y le dijo:

—Sammy, yo escuché tu oración durante la tormenta. A mí no me gusta el trabajo bajo cubierta y tú no estás muy entrenado en los aparejos. Cambiemos de puesto.

Sammy aceptó la oferta y otra oración fue contestada.

Luego se dirigió a cumplir su nueva tarea. Cuando llegó, el capitán estaba completamente ebrio. Al ver a Sammy, se precipitó sobre él enfurecido y comenzó a golpearlo con los puños hasta dejarlo inconsciente en el suelo. Al recobrar el conocimiento, el capitán ya estaba algo más sobrio. Sammy se levantó y siguió con sus tareas, con tanto ánimo, como si nada hubiera pasado. Le preguntó al capitán si conocía a Jesús. Vagos recuerdos de su madre y de su niñez se agitaron en la mente embrutecida del marino. Sammy se arrodilló y oró con tanta sinceridad y fervor por el capitán, que éste inclinó la cabeza, conmovido. Fue el comienzo de un período de convicción.

Sin embargo, no había mucho tiempo para la meditación en ese momento. La tormenta había averiado el buque. El casco tenía varias grietas y estaba entrando agua. Una pequeña isla fue avistada y anclaron a sotavento, para hacer las reparaciones.

Mientras los carpinteros y calafateadores estaban ocupados, el resto de la tripulación tenía que accionar las bombas del agua, a fin de mantener el buque a flote. A Sammy lo pusieron en una de las bombas que tenían que ser manejadas día y noche. La tarea desde ya era dura para un marinero acostumbrado y fuerte. Sammy, un adolescente pequeño y frágil, se vio obligado a bombear junto con los más fuertes. Él bombeaba y oraba; oraba y bombeaba.

Les proveyeron de ron para mantener el ánimo y aliviar los dolores de la fatiga. Sammy lo rechazó diciendo que su Padre Celestial le daría las fuerzas. Siguieron bombeando por dos semanas. La fortaleza de Sammy fue probada hasta el desmayo. Sin embargo, el Espíritu Santo le dotó de una fuerza y perseverancia sobrenaturales para continuar.

Venciendo a un marinero cruel

Fue un día de regocijo general cuando levaron anclas y salieron mar adentro. El capitán concedió una ración extra de ron para todos. El aguardiente los enervó y envalentonó. Ya al caer la tarde, comenzó una pelea en la cubierta. Era una disputa sin sentido, debida a prejuicios raciales. Un malayo muy corpulento se sintió insultado,

tomó un machete y corrió engeguado hacia un grupo, con ansias de matar. De pronto, Sammy se interpuso en su camino y comenzó a decirle, en su modo calmo:

—No mates, no mates.

Daba la casualidad de que este mismo malayo se había jactado frente a la tripulación, diciendo que pensaba matar a Sammy. Tenía un odio especial hacia todos los negros. Su machete había sido fatal para muchos nativos africanos, en encuentros anteriores; era un asesino del tipo más peligroso. Hasta el mismo capitán le temía.

Mientras Sammy avanzaba, él levantó su arma y con ojos centelleantes miró al muchacho como si fuera a despedazarlo. Aquí tenía la oportunidad para cumplir con su amenaza. Sammy, a su vez, le miró a los ojos sin hacer movimiento alguno para defenderse. El malayo se detuvo; lentamente bajó su arma y volvió a su litera. Este rufián sin Dios, se vio enfrentado cara a cara con un poder superior al hombre.

En ese momento el capitán, que había escuchado el alboroto, subió a la cubierta con una pistola en cada mano, listo para matar a los agitadores. Al ver que la tripulación de pronto dejó de pelear, porque Sammy había intervenido, no pudo sino reconocer que este muchacho africano poseía un poder misterioso, más fuerte que las pasiones animales de los hombres más brutos. Bajó luego al camarote con Sammy, el cual se arrodilló y oró por toda la tripulación. Por primera vez el capitán se unió a la oración; una oración de agradecimiento al Señor por haber enviado tal embajador de paz entre ellos. En aquel momento se arrepintió de sus pecados y encontró una nueva vida. Fue el primero de muchos convertidos a Cristo, por intermedio de Sammy, a bordo del buque.

Sammy encontró que la cabina del capitán era una cueva oscura y lúgubre, que había sido escenario de muchas orgías. Restos de tabaco, tierra y mugre de muchos años estaban acumulados en todos los rincones. Sammy le dio a la cabina un bautismo de agua y jabón. Hasta las armas que colgaban de las paredes se convirtieron en brillantes decoraciones bajo su cuidado. Uno de los dichos de Sammy era, "El Espíritu no puede morar donde impera la mugre". El capitán estaba contento y mostró su "nuevo alojamiento" a los oficiales del buque.

Lentamente Sammy ganó por completo el corazón del capitán. Éste, al principio, se sintió molesto por sus frecuentes oraciones; pero luego permanecía de pie con la gorra en la mano mientras oraban. Bajo esta nueva influencia, no pagó más a su gente con ron. Las grandes peleas entre la tripulación dejaron de existir. Ahora el capitán los llamaba al puente de popa para orar. En estas ocasiones, la voz clara y fuerte de Sammy y las canciones que él había aprendido de memoria en Liberia, fueron un factor importante en ganar la buena voluntad de aquellos hombres. En sus momentos libres, pasaban horas escuchándole entonar esos himnos cristianos que llegan al alma y que nunca pierden su poder y encanto. Al cantar Sammy, voz tras voz se le unía en la

melodía del coro, hasta que todos experimentaron la pasión tierna de la constante búsqueda del hombre hacia Dios, y el sentido de la maravilla de su respuesta de gracia.

El asesino malayo que había amenazado a Samuel Morris, enfermó gravemente. Decayó tanto que se perdió toda esperanza de que sobreviviera. Sammy no conocía su idioma y nada tenía en común con él. Sin embargo, cuando supo de su estado, fue a su litera y oró por él. El malayo recibió inmediata sanidad. Este salvaje corpulento, había vivido sin Dios, solamente para los deseos de la carne. Siempre odió a los de raza negra y nunca perdió la oportunidad de demostrarlo. Pero luego, toda su actitud cambió; gustoso hubiera dado la vida por Sammy, aun cuando él pertenecía a esa raza.

La tripulación, habiendo sido reclutada de todas partes del mundo, no tenía afinidades ni ideales en común. Cada boca se expresaba en un lenguaje distinto. Cada corazón recordaba un hogar diferente. Sin embargo, pronto todos comenzaron a orar y cantar con Samuel Morris. Diferencias de raza, país, idioma y credo, quedaron olvidadas. El Dios de Sammy llegó a ser su Dios. La Luz que lo había llevado hasta ellos, irradiaba a través de su vida, tan refulgentemente, que todos podían verla; y habiéndola visto, encontraron una nueva unión de hermanos.

Una batalla sangrienta

El comercio del capitán con los nativos de la costa y las islas, resultó sumamente provechoso. El buque tenía su capacidad de carga completa con productos nativos. Unas pocas paradas más y estarían listos para enfilarse directamente a Nueva York. Sammy comenzó a gozar del viaje.

Una noche, ya tarde, avistaron una gran isla o península, cuyo nombre Sammy nunca llegó a conocer. A la mañana siguiente, el capitán decidió acercarse hasta la costa para negociar con los nativos. Cargó el bote con bastante mercadería y llevó consigo más tripulantes que lo habitual. Tenía el vago presentimiento de que algo no andaría bien. Dio armas a sus hombres e instruyó al que ocupaba el puesto de vigía en el tope del mástil, que vigilara cuidadosamente la costa y que le hiciera señales tan pronto como observara algo anormal. El bote estaba muy cargado e iba despacio, contra la corriente. Cuando ya había llegado a mitad de camino, el vigía vio a cientos de nativos acercarse a la orilla y embarcarse en canoas, en las cuales se lanzaron como flechas al mar. Hizo desesperadas señas al bote para que volviera.

El capitán comenzó a regresar, pero iban tan cargados, que no estaban en condiciones de competir con las ligeras canoas de los nativos. Pronto éstas se acercaron por la popa y algunos impedían a los tripulantes usar sus remos. Los nativos

no contaban con la posibilidad de que iba a haber lucha. Estaban empeñados en capturar el bote y el buque sin esfuerzo, con toda su carga. El jefe de estos nativos era un hombre blanco, de terrible aspecto. Algunas semanas atrás había dirigido con éxito a sus seguidores en un asalto en masa contra un buque mercante, cargado con ron y otras mercaderías. El capitán se había entregado con la esperanza de salvar su vida y la de su tripulación. La nave había sido saqueada y pronto los salteadores estaban todos ebrios. Con el consentimiento de su jefe, el capitán y cada uno de los miembros de la tripulación fueron echados al mar.

Envalentonados con el éxito, los salvajes esperaban repetir su maniobra. Pero el capitán de Sammy era lo suficientemente astuto como para tomar ventaja de esta presunción. Al verse rodeados, abrieron fuego a quemarropa, de modo que cada tiro tuvo su víctima. Con esto lograron que cundiera el pánico entre los atacantes, lo que les permitió acercarse al buque. El resto de la tripulación comenzó entonces a hacer fuego desde cubierta. Por fin, lograron subir a bordo, aunque no pudieron izar el bote.

Pero mientras los tripulantes del buque se ocupaban en rescatar al capitán, otro grupo de nativos, encabezados por su jefe blanco, se encaramaron por el lado opuesto. Uno de los primeros en abordar fue su jefe quien hablaba inglés. Dirigiéndose al capitán, le gritó demandando la rendición del buque. La tripulación, en tanto, tuvo tiempo de hacer preparativos para la batalla. Hombres armados habían sido puestos en lo alto del aparejo. Uno de ellos disparó y mató al jefe, quien fue echado al mar. Algunos de sus seguidores, sin embargo, se lanzaron a la escotilla y llegaron a la bodega del buque con la esperanza de saquearla.

Sammy permanecía al lado del capitán y vio la matanza del hombre blanco renegado. Cuando el capitán vio que los nativos iban hacia la bodega, ordenó a Sammy que fuera a su cabina, se encerrara con cerrojo y cuidara de las cosas de valor del buque. Esperaba también, de esta manera, mantener a Sammy fuera de la zona de peligro.

La tripulación echó el cerrojo a la escotilla, de modo que los nativos que encontraran en la bodega, no pudieran salir. Luego dirigieron su atención a los otros que, para este momento, estaban subiendo a cubierta por todos lados. Sammy ya no podía ver la lucha, pero sí podía escuchar el estampido de las armas, el golpe seco de los hombres que caían, los gritos y gemidos de los heridos. Era una lucha sin cuartel. Cerca del mediodía, una fuerte brisa se levantó y el buque comenzó a balancearse, de manera que los nativos ya no podían abordarlo. Cesó el fuego del cañón. Muy pronto Sammy escuchó el clic de las cadenas del ancla mientras se enrollaban alrededor del cabrestante. El buque comenzó a moverse. Durante horas pudo oír las pisadas fuertes de botas sobre cubierta y el chapoteo de cuerpos que caían al mar. Ya anocheecía cuando Sammy escuchó que se abría la escotilla. La tripulación bajaba a la bodega en

busca de los otros saqueadores quienes, totalmente ebrios con ron, fueron sometidos con facilidad.

Entonces el capitán fue hasta su cabina y dio la señal a Sammy para que abriera la puerta. Cuando Sammy lo hizo, entró tambaleándose, más muerto que vivo, agotado por completo a causa de la lucha larguísima, y de la pérdida de sangre. Cayó al suelo desmayado. Sammy lo arrastró hasta la litera; lo bañó y le curó las heridas lo mejor que pudo. Luego se arrodilló junto a la cama y derramó su alma en oración por su amigo.

El capitán recobró el conocimiento mientras Sammy oraba. Puso su brazo, suavemente, alrededor de los hombros del joven y lo atrajo hacia sí, diciéndole:

— ¡Sammy, tus oraciones salvaron nuestras vidas y el buque! Nuestros hombres lucharon como fieras, pero ellos eran muchos; diez contra uno. Pocos de los nativos tenían armas de fuego, pero sí tenían cuchillos y garrotes. Si no hubiera sido que se levantó viento, de modo que el buque comenzó a balancearse y a arrastrar sus anclas, hubieran caído sobre nosotros como avispas.

La mañana siguiente fue triste para todos. Muchos de los tripulantes estaban gravemente heridos y varios habían sido muertos. La cubierta estaba manchada de sangre. El dolor de Sammy era profundo cuando vio los cuerpos de amigos amados ser echados al mar. Pero muy pronto se vio demasiado atareado como para poder lamentarse. Para los que estaban con vida, fue médico, enfermero y consolador, a través del resto del viaje. Su alegría y completa confianza en la provisión de Dios, muy pronto transformó el espíritu del buque. Todos volvieron dispuestos a sus tareas, sin las acostumbradas blasfemias y brusquedades.

Nueva York se rinde a Sammy

Sammy había pasado cinco meses a bordo cuando por fin el barco arribó a Nueva York. Como había llegado en chaqueta, overol y sin zapatos, la tripulación hizo una colecta de ropa y le proveyeron un traje, boina y zapatos. De esta manera estaba en condiciones de desembarcar vestido decentemente.

Sammy era todo entusiasmo al avistar el puerto. Trabajos y tristezas fueron olvidados. Todos a bordo eran sus amigos; y el antes sanguinario malayo, el más querido. Al darle la mano por última vez y despedirse de Sammy, muchos de estos hombres endurecidos lloraron como niños. Las discriminaciones raciales habían sido olvidadas; encontraron un lazo de unión afectuoso mucho más profundo que el mero nacimiento. El embajador de Dios de piel oscura había morado entre ellos. A través de

él comprendieron que hay un Dios personal, que contesta la oración y no hace acepción de raza o color.

Nuevamente era viernes, el Día de Liberación de Sammy, cuando el buque fue remolcado a su dique al pie de la Calle Pike sobre el Río Este. Al bajar la planchada, Samuel Morris fue el primero en descender. Un vagabundo pasaba por allí justamente al llegar él al dique. Sammy saludó al extraño con la pregunta:

—¿Dónde puedo encontrar a Esteban Merritt?

Casualmente este transeúnte había recibido hospitalidad en la misión de Esteban Merritt y respondió en seguida:

—Yo lo conozco, vive en la Avenida 8, del otro lado de la ciudad. Te llevaré hasta allí por un dólar.

El buque había anclado a más de cuatro kilómetros de Bethel; en un distrito donde el Reverendo Esteban Merritt era desconocido. Sin la guía del Espíritu Santo y la fe de Sammy en su misión, le hubiera sido difícil encontrarlo.

Sammy no poseía ni un solo centavo, pero aceptó la oferta del vagabundo con la plena confianza de que ese dólar, de alguna manera, sería encontrado. El vagabundo guio a Sammy a través de muchas calles y entre multitudes de gente apurada. Estaba oscureciendo cuando llegaron hasta el lugar indicado. El señor Merritt ya había cerrado su oficina y estaba poniendo llave a la puerta cuando se le acercaron. El guía dijo:

—Allí tienes a Esteban Merritt.

Sammy se adelantó corriendo y exclamó:

—Yo soy Samuel Morris. Recién llego de África para hablar con usted del Espíritu Santo.

Merritt estaba sorprendido y divertido al mismo tiempo con este extraño saludo. Preguntó a Sammy si tenía alguna carta de presentación.

—No, no tuve tiempo para esperarla —respondió Sammy.

En forma amable Esteban Merritt dijo a Sammy que tenía una cita a esa hora, que no disponía ni de un minuto para conversar con él, pero si quería pasar a la misión y esperarle, él arreglaría su alojamiento para esa noche.

Sammy comenzó a caminar en dirección a la misión cuando el vagabundo que le había guiado gritó:

—¿Dónde está mi dólar?

Sammy, que en ningún momento dudó de la providencia de su Padre Celestial, simplemente movió la mano en dirección a Esteban Merritt diciendo:

—Él paga todas mis cuentas ahora.

Merritt sonriendo entregó el dólar al vagabundo y entró en su carruaje.

Esteban Merritt cumplió con la cita y luego se fue a su casa. Al bajar del carruaje, de pronto recordó al joven africano y ordenó a su cochero que lo llevara de nueva cuenta a Bethel. Encontró a Samuel Morris rodeado por diecisiete hombres postrados sobre sus rostros. Les había hablado, precisamente, de Jesús y ellos estaban regocijándose en el perdón. ¡Su primera noche en América y este negro rústico, que apenas podía hablar algunas palabras en inglés, llevó a casi veinte almas a Cristo!

Cuando el grupo se separó, Esteban Merritt que estaba profundamente conmovido por este cuadro extraordinario, llevó a Sammy a su casa. Para este africano era el primer viaje en carruaje tirado por caballos de cabriola. Estaba entusiasmado. Un par de caballos tan bien enjaezados y de un porte tan elegante era una vista hermosa para cualquiera. Pero, para este muchacho Kru criado en la selva y dotado de un instinto natural por la hermosura de las cosas vivientes, estos caballos llenos de bríos eran un deleite inefable. Al llegar, el señor Merritt casi no pudo alejarlo de ellos.

Esteban Merritt era un hombre pudiente que vivía en un verdadero palacio en Hoboken Heights, un sector aristocrático en esos días. Era la una de la mañana cuando llegaron a su residencia. Su fiel esposa lo había estado esperando. Cuando abrió la puerta preguntó:

—Pero... ¿qué traes allí, Esteban?

—Oh, Dolly, —respondió Merritt— esto es un ángel de ébano.

La señora Merritt todavía asombrada, preguntó entrecortadamente:

—¿Y qué harás con él?

—Lo pondré en la cama del obispo —respondió Merritt.

—¡Oh, no! ¡No hagas eso! —objetó ella.

Sin embargo, él lo hizo.

Y subió a Sammy al dormitorio designado para las visitas que el obispo Guillermo Taylor hacía a Nueva York. Allí Merritt enseñó a Sammy, quien nunca había dormido en una cama verdadera, cómo debía abrirla y meterse en ella; cómo encender la luz y cómo apagarla. Hasta sacó un camisón del obispo y se lo dio. El obispo era un hombre

robusto y aquel amplio camisón hacía parecer a Sammy de lo más cómico, de modo que Merritt no pudo evitar reírse a carcajadas.

Sin embargo, su risa pronto fue cambiada en profunda emoción. Sammy se arremangó las largas mangas del camisón y, extendiendo la mano a su hospedador, le pidió que se arrodillara con él para orar. El alma de Samuel Morris estaba encendida. La Luz que le había guiado tan lejos de su casa debía ser compartida con su hospedador aquella noche.

Este hombre que había estado predicando el Evangelio por tantos años, recibió una nueva visitación del Espíritu Santo. En esos pocos momentos de oración pronunciados por un negro inculto, el hombre a quien el obispo Taylor había escogido como su secretario, tuvo una revelación de la realidad y poder del Consolador como nunca antes había conocido.

A la mañana siguiente, al despertar, Sammy rápidamente hizo su cama, ordenó su cuarto y buscó el camino hasta llegar a las caballerizas. Allí inmediatamente comenzó a trabajar ayudando al mozo a cuidar los caballos. Esteban Merritt se levantó tarde. Fue al cuarto del obispo, pero su "ángel de ébano" no estaba allí. Cuando por fin lo encontró trabajando en la caballeriza, lo llevó a la casa y lo presentó a su familia. El desayuno estaba listo.

Era la primera vez que Esteban Merritt y los miembros de su familia se sentaban a comer con un negro. Cómo llegaron a esto era un misterio para ellos. Esta experiencia también era nueva para Sammy, quien nunca había comido en una mesa con gente blanca. Era su primera comida en América. Hubo que enseñarle cómo comer aquellos alimentos extraños para él. Bajo la amable dirección del señor Merritt hizo los honores debidos a la buena comida. Tenía hambre, pues no había comido desde el jueves por la noche hasta ese sábado por la mañana.

Un entierro se transforma en un avivamiento

Esteban Merritt era un hombre muy ocupado. Su trabajo pastoral le llevaba todo su tiempo. Ese día tenía que dirigir el entierro de un hombre distinguido del barrio de Harlem. Llevó a Sammy consigo en el carruaje.

Durante el trayecto se detuvo para recoger a dos eminentes teólogos quienes iban a asistirle en la ceremonia. Cuando el primero de estos doctores en teología miró hacia el carruaje y vio a un muchacho negro allí sentado, retrocedió unos pasos. Esperó unos momentos, suponiendo que este joven andrajoso se retiraría. Cuando por fin, alentados por el señor Merritt entraron, era evidente su desazón por verse obligados a

viajar con ese tosco africano. Nada dijeron pero su mirar de soslayo hablaba claramente de su disgusto.

Fue un momento de apuro para el reverendo Esteban Merritt quien, a fin de desviar la situación, trató de entretener a Sammy señalándole todos los lugares interesantes por los cuales estaban pasando: el Parque Central, la Gran Casa de la Ópera y otros lugares destacados. Pero Sammy estaba interesado en algo aún más importante que las maravillas de esta gran ciudad. Poniendo su negra mano sobre la rodilla de Merritt, le dijo:

—¿Alguna vez oró mientras viajaba en carruaje?

Merritt respondió que con frecuencia había tenido momentos muy bendecidos mientras viajaba, pero que nunca se había dedicado allí a la oración profunda.

Sammy dijo:

—Vamos a orar.

Y eso fue lo que hicieron. Era la primera vez que Esteban Merritt se arrodillaba en un carruaje para orar. Sammy comenzó:

—Padre, he viajado durante meses para ver a Esteban Merritt y para poder hablar con él acerca del Espíritu Santo. Ahora que estoy aquí me muestra el puerto, las iglesias, los bancos y otros edificios, pero no me dice ni una sola palabra acerca de este Espíritu del cual estoy tan ansioso de saber más. Llénalo de ti mismo de tal manera que él no piense, hable, escriba o predique de ninguna otra cosa que no sea de ti y de tu Santo Espíritu.

Lo que sucedió en el carruaje no fue una manifestación común del favor divino. Esteban Merritt había tomado parte en la consagración de muchos misioneros, en la ordenación de muchos pastores y obispos, y en la imposición de manos con hombres santos. Pero nunca había experimentado la ardiente presencia del Espíritu Santo como en ese momento, arrodillado junto a un andrajoso miembro de una raza despreciada. Toda la vida de Merritt sufrió en ese momento un cambio sorprendente.

Cuando comenzaron su viaje estos reverendos caballeros se sintieron un poco avergonzados por verse junto a un negro harapiento. Después del culto de oración de Sammy, se sintieron avergonzados de sí mismos, de su mezquindad espiritual. Luego de esto, consideraron que la apariencia exterior de Sammy debería estar más en armonía con su gracia interior. De modo que, a sugerencia de Merritt pararon frente a una tienda para comprar un traje nuevo para su invitado.

Esteban Merritt dijo al dueño de la tienda que "nada era demasiado caro" para vestir a aquel muchacho. Luego se alejó para enviar un mensaje, mientras el dueño, ayudado por los dos ministros metodistas, comenzaba a sacar la mejor ropa del comercio.

Cuando volvió, se encontró con un Sammy tratando de reconocerse en el espejo que reflejaba al África más oscura trajeada a la moda de la Quinta Avenida. Merritt pagó con todo gusto la considerable cuenta. La vieja y estrafalaria ropa descartada por Samuel pareció preciosa a sus ojos y la guardó en su oficina, exhibiéndola allí durante muchos años.

Una vez que terminaron en la tienda se dirigieron directamente al sepelio. Mucha gente había llegado a honrar por última vez al extinto. Esteban Merritt anticipando una reunión numerosa había preparado su sermón con sumo cuidado. Pero la oración hecha en el carruaje le había dado una nueva unción y su mensaje tocó hondamente el corazón de la concurrencia.

Los mismos cielos parecían abrirse cuando, dejando de lado su pulida alocución, comenzó a hablar lleno de tierna simpatía inspirado por el Espíritu Santo. Los otros dos ministros sintieron la misma inspiración divina. En sus exposiciones, más breves, hablaron con un poder tal (así lo señalaron luego) que ellos mismos se sorprendieron.

La gente escuchaba embelesada. Ni siquiera soñaron que Dios estaba usando estos predicadores tan dotados como canales para difundir entre los asistentes la fe y el gozo de un pobre muchacho negro, cambiando así un evento de tristeza por uno de gozo. A pesar de que había sido la fe de Samuel la que trajo la unción de lo alto, él nada dijo durante el culto. Sin embargo, sentado simplemente allí tan lleno del Espíritu, pudo contemplar en visión todo el camino hasta el mismo umbral del cielo y sentir el toque de alas angélicas.

Sintió la belleza de esta ceremonia cristiana solemne a diferencia de las antiguas escenas de brutalidad salvaje. Había visto a su propio pueblo ser matado como ganado, y dejado allí sin sepultar. Recordó los ritos depravados de los adoradores del leopardo. Había visto a otros peones y esclavos torturados y asesinados sin siquiera una palabra de consuelo a los parientes cuando enterraban a sus muertos. Había visto a marineros morir con violencia, y ser echados por la borda como si fueran piedras. ¡Cuán diferente era este funeral cristiano! En su alma, exclamó que en este país cristiano aun la muerte era el cielo.

Sucedió entonces una de esas manifestaciones poco comunes que con tanta frecuencia probaban que Samuel Morris tenía un poder conferido por el Espíritu de Dios. Mientras el culto continuaba, y sin que se hubiera hecho invitación alguna, uno tras otro pasaban al frente y se arrodillaban al lado del ataúd. No se acercaron como afligidos por el muerto sino como penitentes, atraídos por la Luz divina que irradiaba del alma de aquel muchacho negro.

Sammy va al Instituto Bíblico

Después del sepelio, Merritt se llevó a Sammy en su diligencia hasta su oficina. Durante el trayecto Sammy hizo tantas preguntas penetrantes acerca del Espíritu Santo que Merritt muy pronto descubrió que él no era el maestro, sino el alumno y que la experiencia religiosa de Samuel Morris excedía a su propio conocimiento sobre el tema.

En su oficina Merritt dictó una carta para el presidente de la Universidad de Taylor, que en ese entonces se encontraba ubicada en Fort Wayne, Indiana. En la misma, expresaba que les mandaba un diamante en bruto para que lo pulieran y lo enviaran al mundo para iluminarlo.

El día siguiente era domingo. Merritt dijo a Sammy:

—Quisiera que hoy me acompañaras a la escuela dominical. Soy superintendente y me gustaría pedirte que hables allí.

Sammy respondió:

—Nunca estuve en una escuela dominical, pero no importa.

Con una sonrisa Merritt lo presentó diciendo que aquel muchacho había venido desde África para hablar con él acerca del Espíritu Santo. La congregación prorrumpió en una carcajada. Después de esta presentación, Merritt fue llamado para atender otro asunto. Cuando volvió unos momentos después, el altar estaba lleno de jóvenes clamando y llorando. Sammy, parado junto a la barandilla, oraba.

Él estaba perfectamente calmado. Por naturaleza era muy callado. Cuando oraba usaba siempre el tono que uno utilizaría para hablar con un amigo cualquiera; simplemente "hablaba con su Padre"; con mucho fervor, pero reposadamente. Su auditorio no era influenciado por los artificios de la oratoria de algún evangelista profesional. No impactaba tanto su modo de hablar, ni aun lo que decía, sino la extraña presencia de algo sobrenatural: el poder del Espíritu Santo era tan sentido que todo se llenaba de su gloria.

Espontáneamente, los jóvenes de la escuela dominical organizaron la "Sociedad Misionera Samuel Morris". Esta sociedad con rapidez consiguió una pequeña suma de dinero para pasaje, ropa adicional y todo lo necesario para enviar a Samuel Morris al instituto bíblico. Llenaron tres baúles con libros, ropa y otros regalos.

Después del culto de la escuela dominical, Sammy volvió a la residencia de los Merritt. Antes de comer, la señora Merritt pidió a Sammy, por cortesía, que diera gracias por los alimentos. Sus expresiones de agradecimiento a su Padre Celestial

conmovieron hondamente a todos. Hasta la señora Merritt, muy educada y poco emotiva, no pudo evitar el llanto. Dijo a Sammy:

—Haz de éste tu hogar. Todo lo que tenemos lo compartiremos contigo.

Su breve visita eliminó toda huella de prejuicios raciales en aquel hogar.

Sin embargo, se decidió que Sammy debía recibir una educación formal. A mediados de semana estaba listo para tomar el tren a Fort Wayne. Partió y llegó a esa ciudad el día viernes, su Día de Liberación; su día de ayuno y oración. Al momento de llegar no estaba en mejor situación que cuando había bajado del barco como extranjero en un país desconocido. Tenía algunos libros que no podía leer, algo de ropa, y unos pocos regalos de escaso valor. La impresión que causó allí tampoco fue favorable: un muchacho negro, pobre, feo, cuya preparación elemental había sido tristemente descuidada.

No obstante, este negro de aspecto ordinario pronto manifestó un espíritu poco común entre los cristianos. Cuando el presidente Thaddeus C. Reade le preguntó qué cuarto quería tener, Sammy respondió:

—Si hay un cuarto que nadie quiere, démelo a mí.

De este incidente tiempo más tarde el doctor Reade escribió: "Me di vuelta pues mis ojos estaban llenos de lágrimas. Me pregunté si yo estaba dispuesto a aceptar lo que ningún otro quería. En mi experiencia como maestro, he tenido la ocasión de asignar cuartos a centenares de estudiantes, la mayoría de ellos jóvenes creyentes espléndidos, pero Sammy Morris fue el único que alguna vez dijera algo semejante".

Sin embargo, cuando el presidente Reade lo matriculó, no lo hizo sin cierto pesar. No veía capacidad alguna en este muchacho negro sin atractivo; más bien consideraba la carga que se agregaría a las maltrechas finanzas de la institución.

En efecto, por aquel tiempo, la Universidad de Taylor estaba por cerrar sus puertas por falta de recursos y aun de alimentos. El ayuno forzoso era bastante frecuente para los estudiantes. El doctor Reade, hombre diligente, luchaba a diario para alejar de la puerta al lobo de la indigencia. El sábado se ocupó con asuntos, y el siguiente día, el domingo, tenía un compromiso para predicar en la Iglesia Metodista en Churubusco, un templo pequeño con una congregación pobre.

El doctor Reade hizo una fuerte apelación pidiendo ayuda. Les habló de ese extraño joven negro que había llegado el viernes desde África sin poseer un dólar; de cómo le habían aceptado en la confianza de que algunos colaborarían para mantenerlo y educarlo. La respuesta a la apelación del doctor Reade fue descorazonadora en extremo. Casi un fracaso total. Un tal señor Thomas le entregó cincuenta centavos. Eso fue todo.

Al salir al día siguiente, un carnicero llamado Josías Kichler, un hombre pobre y que no era miembro de la iglesia, lo llamó. El señor Kichler le dijo:

—Doctor, escuché su apelación pidiendo ayuda para ese pobre joven negro del África. El Espíritu me dice que le dé esto para su Fondo de Fe.

Entregó al doctor Reade un billete de cinco dólares.

En ese momento el doctor Reade recibió algo de mayor valor. Ese billete de cinco dólares le inspiró para comenzar el "Fondo de Fe Samuel Morris". Pronto otros donantes comenzaron a contribuir. Cuando informaron a Sammy de las crecientes sumas que estaban viniendo para él, dijo al doctor Reade:

—No, este dinero no es mío. Este dinero es de Dios. Quiero que lo use para otros más merecedores que yo.

Samuel Morris jamás usó un centavo de ese Fondo para sí mismo. Sus escasas necesidades fueron suplidas por el doctor Reade y todo lo demás fue destinado al fondo común de la Institución.

En una ocasión fue al doctor Reade y le preguntó si podía dejar el Instituto por un tiempo para salir y ganar dinero suficiente como para traer a Henry O'Neill para que estudiara allí, diciendo:

—Es un muchacho mucho mejor que yo. Trabajó conmigo en Liberia para Jesús.

El doctor Reade dijo a Sammy que orara por esto y que Dios abriría un camino para que Henry O'Neill tuviera su oportunidad. A la mañana siguiente un Sammy muy sonriente se acercó al Doctor Reade diciendo:

—Henry O'Neil viene muy pronto. Mi Padre me lo acaba de decir.

El doctor Reade escribió esto a Esteban Merritt y descubrió que uno de los misioneros que había estado en Liberia en el tiempo de Sammy y Henry, había regresado a San Luis, Missouri y estaba haciendo los arreglos para que Henry también pudiera viajar desde África a estudiar en América. Fue el primer fruto del ministerio de Samuel Morris.



Samuel Morris

PARTE 3

UN SENDERO DE GLORIA

Un pastor ordenado por el cielo

El apóstol Pablo, con frecuencia afirmó, que a diferencia de los otros apóstoles, su licencia para predicar no venía de los hombres, sino directamente del cielo. Esto también fue cierto en Samuel Morris.

Al domingo siguiente de su llegada a Fort Wayne, Sammy preguntó si había una iglesia de gente de color en esa ciudad y le dijeron que sí. Salió a buscarla, pero estaba tan lejos del edificio educacional que llegó tarde. Los preliminares del culto ya habían concluído. El pastor estaba en el púlpito; ya había anunciado su texto y estaba listo para predicar. Sammy caminó directamente hasta la plataforma y subió un par de escalones.

El pastor era un hombre muy estricto, amante de la disciplina y muy reacio a cualquier cambio. La osadía de aquel joven le desconcertó.

—Yo soy Samuel Morris —dijo Sammy—. Recién he llegado de África y tengo un mensaje para su congregación.

El primer impulso del pastor fue el de negarse a este pedido, pero cuando miró al rostro radiante y a los ojos brillantes de Sammy, sintió que de veras podría haber algo para ellos. Creyendo que Sammy era pastor ordenado, le preguntó si tenía un sermón preparado. Sammy dijo:

—No, pero tengo un mensaje.

El pastor accedió y a poco de sentarse en la plataforma cerca de Sammy, fue testigo de una verdadera visitación del cielo. De pronto todos comenzaron a caer sobre sus rodillas, llorando, orando o gritando de alegría. Sammy estaba en el púlpito, no predicando sino orando, "hablando con su Padre". Después, contando lo que ocurrió en ese momento, el pastor dijo:

—Yo no presté atención para escuchar lo que Sammy decía, sentí un irresistible deseo de orar. Qué fue lo que dijo, no recuerdo pero sí sé que mi alma ardía como nunca antes. La Luz que sacó a Samuel Morris de la esclavitud de África estaba ciertamente brillando en nuestros corazones aquí en Fort Wayne. Nunca la congregación había sido testigo de una visitación del Espíritu Santo como esa.

El culto duró mucho más allá del tiempo asignado. Cuando la gente por fin se retiró para sus casas, llevaban consigo una revelación viva del Espíritu Santo. Sammy habló con palabras que llegaron hasta lo íntimo. Apeló al Padre Celestial desde lo profundo de su propia alma. Su intercesión fue hecha "con plena certidumbre de fe" y el Espíritu estuvo allí para responder a esa fe. Todos volvieron a sus hogares regocijándose.

En un solo día, el desconocido Sammy Morris llegó a ser un personaje reconocido en Fort Wayne. Los periódicos locales escribieron sus editoriales sobre ese culto dominical en la Iglesia Africana M. E. ubicada en la calle Wayne. Las revistas religiosas por todas partes repitieron el relato e hicieron sus observaciones sobre esa maravillosa manifestación espiritual. Todos en Fort Wayne supieron del nuevo alumno africano de la Universidad de Taylor antes de que pasara una semana.

En tanto, la educación del joven africano presentó un serio problema. Él no podía asistir a las clases regulares. Eran necesarios varios años de entrenamiento continuo antes de que pudiese ser inscrito como alumno regular. Tenía casi dieciocho años, pero en su aprendizaje académico era como una criatura de siete u ocho años. La única solución era hacer arreglos para un largo período de instrucción privada a través de preceptores.

En la reunión de la capilla, el doctor Reade explicó el problema de Sammy y pidió voluntarios para enseñar a este muchacho negro. No sería tarea fácil. La señorita Harriet Stemen, hija del doctor Christian Stemen, un médico creyente, y la propia hija del doctor Reade se ofrecieron voluntariamente para enseñarle. Otros también

ayudaron a Sammy en varias ocasiones con sus lecciones. Pero fue la señorita Stemen quien asumió la responsabilidad principal de su progreso educativo.

Sammy salva una Universidad

Samuel Morris fue un estudiante diligente. Cada palabra, cada pensamiento, cada principio que se le enseñaba se fijó indeleblemente en su mente. Las expresiones refinadas y el acento musical de la voz de las maestras se transmitieron a su propia conversación. A pesar de eso, siguió siendo original en su modo de pensar. Su manera de expresarse asombró a todos. Sus frases eran cortas, pero cada palabra tenía profundo significado. Las conversaciones vanas le eran totalmente desconocidas. Ideales altos y propósitos nobles eran su misma existencia. Las señoritas Stemen y Reade pronto se dieron cuenta de que la carga que se habían ofrecido a llevar voluntariamente, llegó a ser una obra de amor bien compensada. Cada día traía nuevas bendiciones a sus consagradas maestras.

Pero Samuel siguió considerando al Espíritu Divino de Verdad como su Instructor principal. Con frecuencia, al resolver problemas aritméticos difíciles, decía en voz baja pero audible:

—Señor, ayúdame.

Pasaba más tiempo "hablando con su Padre" que el que pasaba con cualquiera de sus maestros humanos. El Espíritu Santo le acercó tanto a Dios, que un maestro terrenal no podía estar más cerca, ni ser más real.

Muchos recorrieron largas distancias para ver y conversar con Sammy, pero él no tenía tiempo para mera charla. Después de los saludos acostumbrados, le entregaba al visitante la Biblia abierta en el capítulo que deseaba estudiar, pidiéndole que leyera en voz alta. De este modo, Sammy se encargó de que toda la Biblia le fuera leída.

En la universidad había un joven a quien se consideraba un ateo del tipo agresivo. No se conformaba con dejar a los demás con sus propias convicciones religiosas. Bien adiestrado en todos los argumentos básicos en pro del ateísmo, no perdía oportunidad de entrar en controversia con estudiantes creyentes. No siempre era fácil de obtener una oportunidad de conversar con Sammy. No daba entrada a nadie cuando estaba ocupado en la oración. Sin embargo, este ateo consiguió que algunos estudiantes lo llevaran a su cuarto y se lo presentaran. Estaba listo para un buen debate y esperaba una victoria fácil sobre aquel negro inculto. Como de costumbre, Sammy le entregó la Biblia abierta y le pidió que leyera un capítulo. El ateo tiró la Biblia sobre la mesa, y dijo:

—Yo ya no leo más ese libro. Está lleno de romances, guerras y de un montón de patrañas. No creo una sola palabra.

Sammy nunca había hablado con un ateo; aun los africanos más salvajes creen en un dios. Escuchó en silencio y miró atentamente al ateo hasta que éste hubo terminado. Luego Sammy se puso de pie y dijo:

—Mi querido hermano, tu Padre te habla, ¿y tú no le crees? Tu Hermano te habla, ¿y tú no le crees? El Sol brilla, ¿y tú no lo crees? Dios es tu Padre; Cristo, tu Hermano y el Espíritu Santo, tu Sol.

Luego, poniéndole la mano sobre su hombro le dijo:

—Arrodíllate y yo oraré por ti.

Había un alma en peligro y el Espíritu divino le enseñó a hablar al corazón de su hermano de tal modo, que sus palabras tocaron las fibras más sensibles. El ateo resistió hasta salir del cuarto, pero en ese preciso momento sintió el dardo de convicción del Espíritu atravesando su corazón. Al fin del trimestre se fue de la universidad convertido en un creyente que oraba y obraba. Más tarde, ¡este ex burlador llegó a ser obispo!

La influencia de Samuel Morris se hizo sentir entre estudiantes creyentes tanto como entre escépticos. Aunque la mayoría de ellos eran creyentes sinceros, los tiempos eran difíciles para la fe, con la tendencia en las iglesias y las universidades cristianas, de comportarse cada vez más como los del mundo. La teoría de la evolución en ese entonces parecía conmover los fundamentos de la autoridad bíblica. El aumento de las riquezas a través de los inventos científicos fomentaba el materialismo.

No podían prever lo que vendría como resultado de tal dirección: depresiones económicas, guerras mundiales, y la pérdida de la libertad bajo un gobierno totalitario, demostrando que la ciencia impersonal resulta ser insuficiente como para sustituir la creencia en Dios.

La Universidad de Taylor en esa época estaba dirigida por una asociación ministerial de la Iglesia Metodista Episcopal y mantenía un nivel de educación espiritual muy elevado. No obstante, una vasta mayoría de laicos y pastores de esa denominación, sólo tenían una fe nominal en la obra del Espíritu Santo.

Juan Wesley, el fundador del metodismo, enseñó que un estado de amor puro y santidad, ordenado tan frecuentemente en las Escrituras, se podía en efecto, mantener a través del poder purificador del Espíritu Santo. Una vida santa no estaba libre de la tentación ni de la habilidad de pecar, pero tenía poder para no pecar porque

su voluntad había sido librada del poder del pecado original con sus tentaciones sojuzgadoras.

A pesar de todas las controversias que despertara esta doctrina de la santificación, es cierto que la clave del ministerio y la vida de Wesley radicaba en su fe temeraria en el poder milagroso del Espíritu Santo. De hecho, la procedencia de todo evangelismo exitoso es el poder de una vida llena del Espíritu Santo. Pero esta clase de fe y poder había comenzado a decaer tanto en Taylor como en otras partes.

Samuel Morris avivó el ánimo de toda la Universidad, desde el presidente hasta el último estudiante, al demostrar la simplicidad y el poder con los cuales el Espíritu Santo puede otorgar al ser humano más humilde todos los dones de un líder espiritual. Todo el Instituto fue elevado a un plano de vida superior. Los estudiantes dejaron su posición de meramente "salvados", para ser llenos del Espíritu Santo y ser capaces, espiritualmente, para alcanzar a otros.

El Espíritu de Dios ha prometido las bendiciones tanto materiales como espirituales. La influencia espiritual de Samuel Morris, quien buscó en primer lugar el Reino de Dios, no dejó de traer a la Universidad "todas estas cosas" consiguientes de las que se habla en Mateo 6:33 como bendiciones adicionales. Fue durante sus años de estudios cuando la Universidad, llegando al término de sus recursos, mantuvo lo que parecía ser la última reunión del Consejo Directivo. Sin embargo, la inspiración del joven negro los rescató.

El Fondo de Fe Samuel Morris llevó al autor de este libro a la Universidad en el momento en que los directores estaban por cerrarla. Parecía imposible que un Instituto con un alumno como Sammy, tuviera que cerrar sus puertas. Yo estaba convencido de que este Fondo traería suficiente dinero como para ayudar a superar la situación, y así lo expresé. El Coronel D. N. Foster, presidente del Directorio, dijo:

—¿Pero qué es lo que podemos hacer ahora? ¿A dónde podemos ir? Pronto tendremos que salir de aquí.

—Vengan a Upland, —respondí—. Les recibiremos con los brazos abiertos.

Consultaron entre ellos y luego dijeron:

—Vamos a necesitar diez mil dólares y cuatro hectáreas de terreno.

Contagiado con la fe de Sammy, les dije:

—Señores, vengan a Upland. Mañana viajo para allá y, aunque no tengo autorización para hacerles un contrato, les enviaré un telegrama con la orden para recoger los diez mil dólares y para que puedan elegir las cuatro hectáreas de terreno.

Samuel Morris me ayudó a poner el abrigo esa mañana mientras me alistaba para tomar el tren. Para mí, él era el Moisés que iba a guiar la Universidad de Taylor, del desierto a la tierra prometida.

Llegué a Upland alrededor de las diez de la mañana. Para las dos de la tarde los diez mil dólares habían sido reunidos y aún más como para comprar los diez acres de terreno. Samuel Morris y la Universidad de Taylor eran el comentario de todos en Upland. En seguida se nombró un comité para ir a Fort Wayne y negociar un contrato con los directivos. El comité visitó a Sammy y estuvo tan impresionado con él, como lo estuvimos todos al conocerle. El contrato fue firmado y se escogió el hermoso lugar donde actualmente se encuentra la Universidad.

La última etapa

No había nada anormal en el misticismo de Samuel Morris. Hijo de la selva, siguió amando a la naturaleza. Encontró a Dios no sólo en lo íntimo de su ser, sino también en la belleza exterior que reflejaba la obra del Creador.

Con frecuencia comparó la belleza de América con la de su tierra natal. En África tenían hermosas flores, pero sin perfume. Le gustaba hacer largos paseos por los bosques, aspirando el aroma de las flores silvestres y escuchando el canto de los petirrojos, de las alondras y los sinsontes. Cuando el otoño comenzó a teñir las hojas de los árboles con variados matices y colores, Sammy, que sólo estaba acostumbrado al verde de los trópicos, extasiado de gozo contemplaba el paisaje. Casi gritaba su gratitud al Padre Celestial por permitirle contemplar tales maravillas.

A menudo decía:

—Ciertamente Dios es bueno con ustedes aquí en América.

En la noche del día de Acción de Gracias, después de la abundante comida de costumbre, el doctor Reade preguntó a Sammy respecto a qué país le gustaba más, África o América. Sammy rió y replicó:

—¿Qué es mejor, el pavo asado o el mono crudo?

—¡Pero, Sammy! ¡Tú no comiste monos! —dijo el doctor Reade.

—Ah, sí, señor —contestó—, comí muchos monos, ¡y los comí crudos!

Sin embargo, anhelaba regresar a su propio país para compartir con sus iguales las bendiciones que acababa de encontrar.

Una vez cuando se hirió el dorso de su mano hasta remover la piel exterior, puso tinta negra sobre la cicatriz que le quedó, explicando a su maestra que tenía temor de

que se pusiera totalmente blanca, y que eso así lo desacreditara y le fuera obstáculo cuando regresara a África para predicar. Porque era hijo de Dios, nunca se avergonzaba de su color.

La primera nevada que cayó después de la llegada de Sammy a Fort Wayne, fue con copos de nieve muy grandes. Empezó por la noche y, al despertar Sammy por la mañana, todavía seguía cayendo. Cuando miró por la ventana y vio todo cubierto por un manto blanco brillante, su sorpresa y asombro no tenían límites. No había palabra en su idioma para la nieve, pues era desconocida en su región nativa. Nunca había visto o escuchado de ella. Salió corriendo y tomó un puñado, diciendo:

—¡Estos deben ser mensajes del cielo para nosotros! Si tan sólo pudiéramos leerlos, ¡qué hermosa historia nos dirían! En la tierra no hay nada tan hermoso. Solamente Dios tiene un molde así.

Mientras hablaba, el calor de su mano derritió la nieve. Sorprendido le dijo al doctor Reade:

—¿A dónde se ha ido? ¡Sólo dejó unas gotas de agua!

Su rostro oscuro era un cuadro de adoración, sus ojos estaban impregnados de lágrimas. Entonces alzó la mano y oró a su Padre pidiendo que, tanto a él como a los que lo rodeaban, les enseñara a leer estos hermosos mensajes del cielo. Al terminar su oración dijo:

—Un año aquí vale tanto como toda una vida en África.

Durante aquel invierno, un evangelista tuvo reuniones de predicación en la vieja pista de patinaje de la calle West Main. Una gran multitud concurría todas las noches. Samuel Morris especialmente se gozaba cantando. Su misma alma parecía estar entonada con la música. Cuando la congregación cantaba, se podía escuchar su voz en cada rincón del gran edificio.

Siempre se le dio un lugar en la plataforma. Si los consejeros encontraban una respuesta obstinada, una señal bastaba para que Sammy se acercara. Al poco tiempo, había dos personas arrodilladas o Sammy regresaba trayendo un penitente al altar. Nadie dudó o se negó a su invitación a arrodillarse y orar. Sombreros de copa o vestidos de seda no eran barrera. Su raza y color no ofendían, pues todos reconocían su gracia y poder espiritual. Exhortó muy poco ese invierno, pero cantó y oró mucho.

Las torturas que Sammy tuvo que soportar en África, mientras servía de rehén, y las fuertes privaciones sufridas a bordo del carguero debilitaron mucho su frágil constitución. El clima riguroso del norte, con sus inviernos largos y fríos, era contrario a la naturaleza de alguien criado en el trópico. A pesar de todo, siguió concurriendo con regularidad a las reuniones durante el invierno excepcionalmente crudo de 1892-93.

En el mes de enero, mientras concurría a la Iglesia Metodista de la calle Berry, se resfrió gravemente. No dijo nada y llevó su enfermedad como si nada ocurriera. No le importó que la noche fuera oscura y tormentosa, con una temperatura de 20° centígrados bajo cero. Consideraba que era su deber, como así también su placer, el estar allí. Su rostro honesto, su fe sencilla y firme eran una inspiración al pastor para dar lo mejor a su congregación.

Sacrificó su salud al servicio de Dios. No faltó ni a la última reunión de la iglesia. Algunos todavía recuerdan cómo se adelantó antes de la bendición final y dirigió a la congregación en uno de los himnos más tiernos y amados del pueblo de Dios: "Cantaré antigua historia... de Cristo y de su amor".

A pesar de que Sammy no contaba con suficientes reservas físicas como para superar el resfrío que había contraído, continuó concurrendo a sus clases como de costumbre. Pero fue debilitándose paulatinamente. Comenzaron a notarse síntomas de hidropesía y no pudo ocultar por más tiempo el hecho de que estaba gravemente enfermo. Cuando el doctor Stemen vio su condición, lo llevó al Hospital San José. De haber sido el mismísimo hijo del presidente no habría recibido mejor cuidado. Muchos que aprendieron a amarle y cuyas almas habían sido bendecidas, vinieron a visitarlo. Le trajeron muestras de su aprecio y cariño. Él dio amor y recibió amor sin medida.

Al principio Sammy no podía comprender el porqué de su enfermedad. Dijo:

—Cuando mis orejas se helaron el invierno pasado, me dolían mucho. Yo le hablé a mi Padre de esto y en seguida no me dolieron más. Y ahora, no me mejoro. No lo entiendo.

Pero un día cuando los estudiantes vinieron a hacerle su visita diaria, Sammy les dijo con tranquila alegría que ahora entendía la razón de su enfermedad. Les dijo:

—Estoy muy contento, he visto a los ángeles. Vienen por mí pronto. La luz que mi Padre del cielo envió para salvarme, mientras estaba colgado impotente en una cruz en África, tuvo su propósito. Fui salvado con un propósito. Ahora he cumplido con este propósito. Mi obra aquí en la tierra se ha terminado.

El doctor Reade le preguntó acerca de la gran obra que había pensado hacer entre su propia gente en África. Sammy contestó:

—Esta no es "mi obra". Es la obra de Cristo. Él tiene que escoger a sus propios obreros. Otros pueden hacerlo mejor.

El doctor Stemen vivía justo frente al hospital. A media mañana del 12 de mayo se hallaba cortando el césped de su jardín. Escuchó una voz que llamándole decía:

—No trabaje demasiado, doctor Stemen.

Alzó la vista y vio a Sammy mirando desde la ventana de su cuarto del hospital. Se saludaron. Sammy se alejó de la ventana y se reclinó una vez más en su silla. El doctor Stemen volvió a su tarea.

Momentos más tarde, la enfermera del hospital bajó corriendo y le informó que Sammy parecía sin fuerzas. Cuando llegó hasta él, el joven africano estaba sentado con una expresión de profunda paz. Había muerto.

Su rostro revelaba una santa alegría como la que tenía frecuentemente cuando entonaba su himno favorito:

"Palidezca el gozo terrenal,

Jesús es mío.

Me aparto de lo mundanal,

Jesús es mío.

Aquí no puedo descansar;

en el desierto no he de hallar

lo que Jesús me puede dar,

Jesús es mío".

Se fue al encuentro de su Padre Celestial, a quien amaba tanto. El "ángel de ébano" se unió a los ángeles y a los redimidos de todas las edades y de todas las razas.

Una nube pasajera de dudas

En tanto, la Universidad estaba haciendo los preparativos en Upland para la colocación de la piedra fundamental de su nuevo edificio. El ferrocarril había dispuesto trenes especiales para este evento. Samuel Morris iba a hablar y a cantar. Él habría de ser la figura más importante, a pesar de que un obispo y otras personalidades iban a participar. El deceso de Sammy sumergió a toda la comunidad en un profundo dolor. Parecía que Dios mismo se había alejado. En cada corazón había una pregunta silenciosa frente al misterio de la Voluntad Divina al llevarse a una vida tan joven y que tanto prometía.

El cuerpo de Samuel Morris permaneció en la capilla del colegio hasta el tiempo del funeral. Luego, los estudiantes llevaron el féretro varias cuadras hasta la Iglesia Metodista de la calle Berry de la cual él había sido miembro. Cientos de personas estuvieron paradas en la calle con las cabezas descubiertas y otros cientos no pudieron entrar al templo.

Luego del servicio religioso, sus restos fueron llevados al Cementerio Lindenwood. Acompañó al féretro una multitud como nunca antes se había visto allí. La señorita Stemen, su maestra, contribuyó para la primera lápida sepulcral.

La clase superior de 1928 de la Universidad de Taylor, patrocinó la erección del actual monumento sobre una colina, que tanto en primavera como en verano, sonrío con las flores más hermosas de la naturaleza. La piedra lleva la siguiente inscripción:



"SAMUEL MORRIS, 1873-1893

Príncipe Kaboo

Nativo del África Occidental

Famoso místico cristiano

Apóstol de la fe sencilla

Exponente cabal de una vida llena del Espíritu Santo"

Después de aquel primer momento de dolor y consternación, los maestros, estudiantes y amigos de Samuel Morris, comenzaron a comprender el verdadero significado de su vida y misión. El propósito y plan de Dios para Sammy había sido más sabio y mayor que el de ellos.

El doctor Reade expresó esta verdad, cuando escribió: "Samuel Morris fue un mensajero de Dios, divinamente enviado a la Universidad de Taylor. Él pensó que venía para prepararse para la misión entre su gente, pero su venida fue para preparar a la Universidad de Taylor para su misión a todo el mundo. Taylor recibió por medio de él, una visión de la necesidad del mundo entero. Ya no pensaba sólo en lo local, sino en lo mundial".

La fe encuentra un camino mejor

La nube de dudas se disipó en poco tiempo cuando se descubrió que la fe de Sammy había encontrado un camino mejor. Fue realmente un camino de fe recién comenzado! Su deseo, por encima de cualquier otro, había sido llevar el mensaje de salvación y del poder del Espíritu Santo a su propio pueblo en África. Pero si él mismo hubiera vivido para regresar a África, su influencia personal hubiese sido limitada a una región pequeña de ese vasto continente; mientras que su partida de esta vida promovió un tremendo incremento del esfuerzo misionero.

En la primera reunión de oración, después de su fallecimiento, un joven se puso de pie y dijo:

—Yo siento en este momento que debo ir al África en lugar de Sammy; y ruego que así como su obra ha recaído sobre mí, también el manto de su fe pueda cubrirme.

Al momento le siguieron otros dos voluntarios para ir al campo africano. Y estos fueron la vanguardia de muchos más que siguieron.

Además, la muerte sólo sirvió para extender la influencia de Samuel Morris en otra manera. Si Sammy hubiera regresado al África, se habría identificado completamente con la raza negra. Es natural y adecuado que su propia raza encontrara inspiración en su vida y ejemplo. Pero su muerte prematura cuando vivía como estudiante en una escuela donde él era la única persona negra le ha identificado, tanto con la raza blanca como con la negra. Por consiguiente, el mensaje de su fe potente se ha tornado en bendición para los hombres de cualquier raza y color.

Más aún, ha creado un vínculo de entendimiento entre las dos razas. Su mismo entierro en el cementerio, tipifica este vínculo único de hermandad cristiana entre las dos razas. Su sepultura se ha movido hacia un terreno hermoso entre las dos secciones reservadas para las dos razas. Y muchísimas personas, tanto blancas como negras, vienen para visitar el sepulcro de Samuel Morris, más que los que visitan cualquier otra tumba, aunque miles de individuos buenos y nobles están enterrados allí. De esta manera, él sirve a su propia raza más eficazmente al vencer el prejuicio racial.

PARTE 4

LA CLAVE PARA SER UN BUEN LÍDER

Existen otros beneficios morales en la muerte prematura de Samuel Morris. Sin haber alcanzado la madurez, él llegó a ser como el joven moreno sobre la urna griega de Keat: "Siempre joven, siempre bueno".

Siempre será ejemplo de la vida de preparación del estudiante universitario, más que la del mundo maduro. Por lo tanto, él atrae con más fuerza a los estudiantes de hoy en día que a cualquier adulto. Para los estudiantes actuales, su vida y, aún más, su muerte indican el camino hacia un liderazgo más exitoso.

Nunca llegó a la edad de veintiún años; y vivió sólo cinco años después de huir de la selva. No obstante en ese breve tiempo, equivalente aproximado a las escuelas secundaria y preparatoria, se dio a conocer alrededor del mundo. La historia de su vida se ha traducido a cinco idiomas. Y pocos líderes religiosos, si es que los hay, han tenido más influencia con los misioneros de las más variadas denominaciones.

Pero todo esto es sólo una mínima parte en lo tocante a la grandeza esencial de su influencia como líder. Los mejores líderes no son aquellos que tienen mayor número de seguidores. De hecho, tales líderes muchas veces son una amenaza a las instituciones democráticas. Tienen tendencia de hacerse dictadores o líderes de turbas. El mejor líder es el que produce a otros líderes.

El verdadero líder tiene la humildad y la fraternidad que anima a otros a afirmar sus potenciales, y a esforzarse y tomar su lugar cuando él se haya ido. Necesitamos más líderes así, de la clase de la cual era Sammy. Un solo acontecimiento ilustrará la manera en la que la influencia de Sammy produjo los mismos potenciales del liderazgo en otros. Ya hemos escrito de la conversión del ateo agresivo al cristianismo bajo el ministerio de Sammy, y he aquí la continuación:

Tiempo después de que este mismo ateo se convirtió en predicador, se encontró con uno de sus viejos amigos, tan ateo y agresivo como él lo había sido. De inmediato se planteó una discusión que fue subiendo de tono. El predicador dijo algo que enfureció a su amigo y recibió como respuesta un golpe en el rostro que lo derribó al suelo inconsciente. Al recuperarse se llenó de ira.

Su antagonista jubiloso, de pie, se burlaba de él. En ese instante, el ministro pensó en Samuel Morris tirado en el piso de la cabina del buque, golpeado por el puño del capitán.

Se dijo a sí mismo: "Si Samuel Morris pudo perdonar a aquel capitán tan cruel y llevarlo a la salvación, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo con este hombre?"

Su ira se disipó; se puso de rodillas y comenzó a orar por su enemigo. Mientras oraba, el ateo se arrodilló a su lado, puso el brazo alrededor de sus hombros, limpió la sangre que aún corría por su rostro y rogó que le perdonara. Pronto él también comenzó a rogar al Señor por el perdón de sus pecados. Su entrega fue completa. El obispo le bautizó, y llegó a ser un líder activo en la obra de la iglesia.

Así, Samuel Morris fue responsable de otro líder, dotado de la misma caridad y poder espiritual; y ése, por turno, había comunicado el mismo espíritu cristiano a otra persona, quien también se hizo líder. Necesitamos más líderes desinteresados que puedan literalmente multiplicar su propia eficacia de esta manera, y que también puedan proyectar fijamente sus planes aún más allá de su propia vida.

El remedio para el complejo de inferioridad

Samuel Morris imparte el ánimo más fuerte a cada joven de hoy, para desarrollar su potencial de liderazgo, sin importar las desventajas de raza, color, pobreza. Más que cualquier otra persona en estos días, la vida de Morris prueba que el Espíritu invisible de Dios puede transformar a la persona más inverosímil, en un dirigente con poder y carisma. Esto es verdad para cada joven y señorita, a pesar de su complejo de inferioridad.

Tratemos de encontrar un atributo meramente humano de Samuel Morris, que pudiera explicar su pronta y profunda influencia sobre las almas de otros de cada clase y posición.

--Pertenece a la raza negra, la cual es objeto de muchos prejuicios negativos.

--Era de estatura baja y de aspecto poco atractivo.

--No tuvo ni un centavo de riqueza.

--Fue inculto e ignorante. Aunque podía pronunciar bien las palabras, no tuvo el dominio oratorio de la lengua inglesa para mover a una audiencia con la magia de las palabras.

--En una era de propaganda literaria, no escribió nada para esparcir y perpetuar sus ideas.

--Ninguna organización le patrocinaba. Ni siquiera tuvo el apoyo de su familia, siendo fugitivo de su propia casa y país.

Sin duda, no hay nada en este inventario de cualidades humanas para hacer un gran dirigente de almas. No obstante, este vagabundo desamparado y pobre, podía hacer que todos se inclinaran ante él, ya fueran marineros brutales u obispos de la iglesia, nativos de la selva o profesores de la universidad. ¡Sólo Dios podía realizar tal milagro!

Pero con todo, no es sólo el privilegio sino también el deber de cada joven cristiano el poseer y ejercitar esa misma dinámica divina. En esa verdad descansa el "ábrete sésamo" de la dirigencia eficaz para cada joven que tienda la mano de fe para aceptar este don del Espíritu Santo.



"Y muerto aún habla"

No es en ocasiones aisladas donde encontramos la evidencia científica del liderazgo continuo de Samuel Morris por medio de la operación del Espíritu Santo. En todas partes sus contactos con otras personas han resultado fructíferos muchos años después de su muerte.

Después de la muerte imprevista de Sammy, se recuerda, que tres estudiantes de la Universidad de Taylor se ofrecieron a tomar su lugar como misioneros en África. El escéptico puede decir que es una mera reacción emotiva a su muerte. Pero su influencia ha estado produciendo los mismísimos resultados en volumen creciente ya por decenios. Siete estudiantes —más del doble— salieron al África recientemente de

esa misma universidad en sólo un año. Estos siete fueron el resultado del liderazgo espiritual de Sammy, tanto como lo fueron los otros tres, porque antes de su llegada, la Universidad de Taylor era un colegio mayor ordinario, sin una visión y un propósito misioneros.

Y estos siete frutos más recientes de su liderazgo, son meramente una muestra de los resultados incesantes de ese liderazgo inspirado y autorizado por Dios. Muchos, en años posteriores, fueron inspirados por su influencia para salir al África como maestros y predicadores. Varios misioneros destacados hicieron el sacrificio supremo y ahora ya están sepultados en ese continente: Oliver Moody, Susan Talbot Wengatz y John C. Ovenshire. Hay una Escuela Bíblica de la Universidad de Taylor en África.

Y esto es solamente un pequeño sector de su influencia ¡que siempre se está ensanchando y profundizando por más de una generación después de su muerte! La Universidad de Taylor se ha convertido en un lugar de entrenamiento para misioneros y maestros cristianos, preparándolos para ir por todas partes del mundo —una obra de evangelización mayor de lo que Sammy imaginó durante su vida.

Pero hay una prueba aún más concluyente del elemento divino en su vida. Mucho de su liderazgo continuado se ha puesto de manifiesto enteramente sin el apoyo o la intervención de alguna agencia humana o de literatura. Por ejemplo, el nuevo espíritu que Sammy infundió a la tripulación de marineros bruscos del barco durante su viaje a Norteamérica, no fue un cambio transitorio. Varios años después de la llegada de Sammy a Nueva York en el buque de carga, el viejo capitán regresó a esa ciudad y buscó a Esteban Merritt. Cuando Esteban Merritt le comunicó que Samuel Morris había fallecido antes de cumplir los veintiún años, el viejo marino no pudo evitar las lágrimas.

Le contó que la mayoría de la antigua tripulación aún estaba con él y esperaba ansiosamente su regreso para saber de su guía y pastor. Dijo que Sammy había hecho la primera oración que se escuchara a bordo de su barco. Testificó de la influencia maravillosa que ejerció sobre una tripulación tan variada y endurecida, y de cómo esa tripulación había llegado a ser, con los años, una verdadera familia. Las enseñanzas de Sammy habían efectuado un fruto permanente.

Sobre el propio reverendo Esteban Merritt, la influencia del muchacho negro que apenas pudo hablar el inglés, se sintió durante toda su vida. La semana que Sammy pasó en Nueva York fue decisiva para el ministerio de Esteban Merritt; la fe del "ángel de ébano" continuó obrando milagros durante toda su vida. Después de que Sammy falleciera, Merritt comenzó a frecuentar manicomios y hospitales orando por los enfermos, muchos de los cuales eran sanados. Antes de que su pastorado concluyera, diez mil personas fueron llevadas a la Cruz por su intermedio.

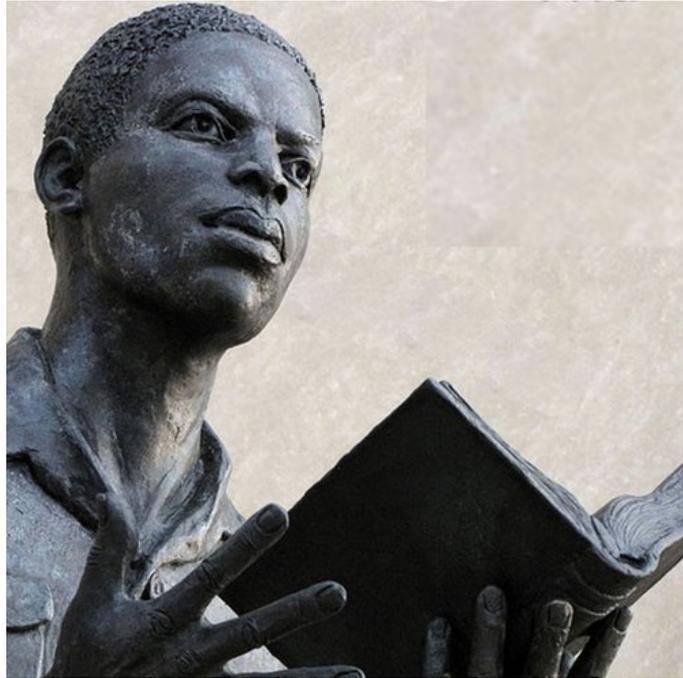
El grupo misionero formado espontáneamente en la Escuela Dominical de la calle Jane, en ocasión de su breve visita, continuó funcionando eficazmente por muchos años. Durante el invierno siguiente, más de mil nuevos miembros fueron agregados. Además, a través de esta Sociedad, la influencia benéfica de Samuel Morris se hizo extensiva a una legión de almas necesitadas.

La Iglesia Africana Metodista Episcopal, la cual Sammy visitó en Fort Wayne, no había experimentado una mera ráfaga de emoción cuando él oró en su púlpito. La fuerza espiritual otorgada en ese entonces, obró un cambio permanente. Más miembros que antes fueron agregados a la iglesia durante el invierno siguiente. Con el tiempo, pudo construirse un nuevo templo de ladrillos.

El Fondo de Fe Samuel Morris siguió sus operaciones para servir desinteresadamente mucho tiempo después del fallecimiento de Sammy. En tres años, ayudó con los gastos de cien estudiantes necesitados que se preparaban para la obra misionera. Al principio, los donativos llegaron de varias partes del país, luego del extranjero. Más de veinte mil dólares llegaron en poco tiempo. Hoy, después de más de cuarenta y cinco años, se reciben contribuciones no solicitadas en ese fondo.

Es difícil imaginar que una universidad norteamericana para estudiantes blancos, nombrara uno de sus edificios permanentes en honor de un muchacho negro sin ningún recurso. No obstante, lo hicieron en la Universidad de Taylor. Tal ha sido la influencia permanente de Samuel Morris, que uno acepta hoy el Paraninfo Conmemorativo de la Fe de Samuel Morris como un rasgo distintivo natural e inevitable del recinto.

Este honor perdurable, no era sólo una manifestación del espíritu del recinto universitario, sino que la ciudad entera de Fort Wayne, hablando por medio de su Liga Cívica, ha acabado de recomendar que un nuevo proyecto de habitaciones de aquella ciudad, bajo la autoridad general del Proyecto Estadounidense de Habitaciones, sea llamado la Aldea Samuel Morris. Así que la influencia benigna de Sammy seguirá siendo una inspiración y una bendición para los desamparados en los años venideros.



EPÍLOGO

"Obras... aún mayores"

Una coincidencia maravillosa ha provisto recientemente la prueba del milagro más extraordinario de todos los milagros inscritos en las páginas anteriores. Muchos lectores, incluso cristianos, erróneamente suponen que la era de milagros ya ha terminado. No entienden que el Mensajero divino, el Espíritu Santo, no está muy lejos, sino que a diario obra aquí en la tierra, guiando los destinos de los hombres y de las naciones.

Sin duda, el milagro más difícil de creer en la vida de Samuel Morris, es el de la luz misteriosa que deslumbró a los captores de Kaboo, y luego le guió en la noche por en medio de la selva hasta un lugar seguro. Todos los biógrafos previos han suprimido esta maravilla de la gracia divina, temiendo la incredulidad de sus lectores, o la falta de una explicación ortodoxa.

Pero ya está registrado un caso exactamente paralelo, y atestiguado por un testigo intachable, F. R. Burroughs, misionero en China. Un joven chino que se llamaba Ging-Hua, como Kaboo, fue el hijo mayor de su padre, e igualmente se le llevó fuera de su casa, pidiendo rescate. Esta pandilla de hombres tenía el hábito de torturar a sus cautivos para sacar de sus familias el precio del rescate. Ging-Hua estaba tumbado, atado con cuerdas y rodeado por sus captores cuando, súbitamente, una luz dorada brilló de todas partes alrededor de él, y supo que fue de origen celestial. Por esta iluminación, él pudo desatar sus cuerdas y escapar del campo.

Pero, ¿dónde estaba? No sabía en qué dirección irse. Estaba oscuro, y sus captores le habían llevado lejos de su casa, por caminos poco frecuentados. Luego la luz benévola se transformó en un rayo largo, apuntando desde el cielo directamente sobre el camino por delante. La luz le guio, paso por paso, directo hacia su familia y a la seguridad. Así, el rescate milagroso de Kaboo ha sido duplicado en cada rasgo esencial.

Al escéptico le sugiero que la misma razón por la cual los milagros, tanto físicos como espirituales, parecen estar fuera de propósito en estos días, es que nuestra generación carece de la fe absoluta y ciega de un Samuel Morris, la cual era la condición necesaria de la promesa divina de "obras... aún mayores", que seguirían al advenimiento del Espíritu Santo. "La mayoría de nosotros", escribió el doctor Reade, "nos hemos desviado demasiado lejos de la fe sencilla de la niñez, y Dios no puede hacer muchas obras poderosas en nosotros por causa de nuestra incredulidad".

Afortunadamente, siempre hay algunos creyentes valientes para rechazar la idea de que Dios ya no obra milagros en la tierra. De hecho, Dios obró un milagro cuando yo escribía este libro. La primera versión del manuscrito le fue leído a la doctora Harriet Stemen MacBeth, maestra de Sammy, hace algún tiempo; y esa lectura resultó en uno de esos milagros de gracia sin fin, la que todavía acompaña los pasos de Samuel Morris. Aunque había estado postrada en cama por varios años y estaba casi ciega, ella pronto se levantó, restaurada su salud y su fuerza.

A los dirigentes del mañana

Sea lo que sea que se piense en cuanto a los demás milagros en este libro, el milagro central en la vida de Samuel Morris es uno que se puede reproducir en la vida de cada lector. No es necesario estar colgado sobre un árbol en África para que la luz del cielo te pueda infundir el alma, dándote el poder de servir a Dios. Sólo necesitas confrontar tu propia impotencia sin Dios, y darle las gracias por su gracia y su poder.

Nunca antes fue más fácil confesar que el hombre necesita a Dios, que en este tiempo, cuando el poder del maligno triunfa sobre naciones enteras; el fracaso de todos los remedios hechos por hombre para curar las dolencias del mundo, no nos deja otra alternativa sino la de un cambio transformador en la naturaleza del hombre mismo.

El liderazgo triunfante de Samuel Morris puede ser un ejemplo inspirador tanto para los jóvenes como para los ancianos. Sin embargo, su juventud, su fe valiente y sus obras incesantes, califican esta biografía especialmente como una guía para los jóvenes que se preparan para desempeñar un papel importante en la vida nacional.

Por supuesto, no todos los jóvenes se transformarán en ministros y misioneros especializándose en obras religiosas. Pero uno de los rasgos más distintivos de la vida de Samuel Morris es que toda su destacada influencia espiritual se ejercitaba como un incidente más dentro de las ocupaciones seculares comunes. Él halló el tiempo y la oportunidad de traer las bendiciones más ricas de Dios a sus allegados, mientras trabajaba largas horas como obrero en la plantación, como pintor, como camarero y por último, como estudiante, tratando de alcanzar a compañeros de estudios más aventajados que él. Cualquier joven tiene la misma oportunidad de servir a Dios en sus relaciones diarias.

Además, ejercitó el mismo celo religioso en sus quehaceres diarios, como cuando limpió el camarote del capitán, que en sus palabras de consejo. ¡Ojalá que tuviéramos más de tales cristianos prácticos!

Estos tiempos tempestuosos no son más que un "horno" en el cual el "oro" del liderazgo verdadero será probado y purificado, emergiendo triunfante. El evangelismo y la paz del mundo esperan a los nuevos dirigentes, quienes estarán equipados con toda la plenitud del poder de Dios morando adentro, por medio de la entera consagración y la fe completa de un Samuel Morris. ¿Dónde están los Samuel Morris de hoy día? ¡Es el tiempo para los nuevos hombres de los milagros!

Biblioteca



Enlaces de interés sobre la obra perdurable de Samuel Morris

- *Universidad Taylor.* <http://www.taylor.edu/about/heritage/samuel-morris/the-samuel-morris-story.shtml>
- *Samuel Morris Scholars* <https://www.iei3c.org/history/>
- *Residencias Educativas* <http://scaainc.net/>